

# CRISTIANDAD



# 97

## RAZON DE ESTE NUMERO

A Ñ O V  
1 A B R I L  
1 9 4 8

CRISTIANDAD dedica el presente número a tratar de una de las figuras más relevantes de los tiempos medievales:

San Vicente Ferrer. La grandiosidad que emana de este hombre excepcional se concreta en su vida, en su obra y en la circunstancia histórica y espiritual que le envolvió; temas hacia los que orienta la intención de nuestra Revista en este número, cuyos artículos nos han sido enviados desde Valencia por escritores de personalidad tan reconocida que nos exime a nosotros de toda presentación y de todo elogio.

CRISTIANDAD recoge esta magnífica colaboración con sumo placer y a todo honor. Se ha celebrado estos días la festividad del Santo valenciano, y algunos artículos que publicamos se ocupan de los sucesos históricos y extraordinarios en la vida de San Vicente que tienen significación para el estudio de la figura del Santo. Otros artículos estudian su obra, finalmente alguno se ocupa de echar una ojeada sintética a las vicisitudes de la Europa que San Vicente Ferrer atravesó de parte a parte en el curso de su portentosa predicación.

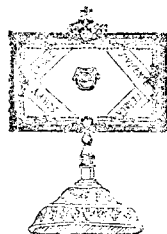
Editorial: «Ni cederá un punto en su ortodoxia»

**La misión pacificadora de San Vicente Ferrer**, por Manuel Dualde Serrano (págs. 147 a 149); **El mundo en tiempos de San Vicente Ferrer**, por Manuel Ballesteros Gaibrois (págs. 150 a 152); **El tratado «DE VITA SPIRITUALI» de San Vicente Ferrer**, por José M.<sup>a</sup> de Garganta, O. P. (págs. 153 y 154); **Itinerario de las predicaciones de San Vicente Ferrer** (pág. 155); **El cisma de Occidente y San Vicente Ferrer**, por José M.<sup>a</sup> Giménez Fayos (págs. 156 a 159); **De Triplice Pace**, por Fernando Murillo (páginas 159 a 161); **Evocación del Doctor Angélico y del Angel del Apocalipsis**, por Felipe Mateu y Llopis (págs. 162 a 164).

**La U.R.S.S. y los judíos** por José-Oriol Cuffí Canadell (págs. 164 a 166).

**De actualidad**, por J.-O. C. (págs. 167 y 168).

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a Ignacio M.<sup>a</sup> Serra Goday, Tuca y otros.



Estampas y objetos para Primera Comunión

**José Benet**

IMPRESA Y ENCUADERNACIÓN  
PAPELERÍA - OBJETOS ESCRITORIO  
DIBUJO - PINTURA

Rambla de Cataluña, 5 - BARCELONA - Teléfono 12502

Fábrica de Tejidos

**J. F. D. y Cía., S. C.**

•  
T O R Á  
L é r i d a

*Corazón de Jesús, en Vos confío*

*J. B.*

*Lunas y Cristales*

**J. Prat**

Colón, 7 y 9 - Teléfono 11188  
Fábrica: Martí, 16  
V A L E N C I A

Los católicos españoles tenemos gran responsabilidad  
delante de Dios y de los hombres porque al revés de  
lo que puede acontecer en otros países mayores que  
el nuestro, aquí nuestro catolicismo es mayor de edad

**H. V.**  
BARCELONA

# CRISTIANDAD

NÚMERO 97 - AÑO V

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22448  
BARCELONA

1 de Abril de 1948

Granv. 1, 1.º - Teléf. 222687  
MADRID

## «Ni cederá un punto en su ortodoxia»

*Al cumplirse el cuarto aniversario de la aparición de nuestra Revista y como iniciación de su quinto año de existencia, acogemos en nuestras páginas la colaboración de un selecto conjunto de escritores valencianos, quienes sabedores de nuestro propósito de dedicar el presente número al insigne taumaturgo de aquella región San Vicente Ferrer, se brindaron con entusiasmo para prestarnos su ayuda.*

*Ante todo nuestras gracias a todos los que nos honran con su firma y particularmente a la Congregación Mariana de Valencia, a través de la cual se han logrado estas aportaciones intelectuales, que sin rebozo y con satisfacción por nuestra parte calificamos de excelentes.*

*Una de ellas, precisamente de las que más destacan por su valía, «La misión pacificadora de San Vicente Ferrer», debida al Licenciado D. Manuel Dualde Serrano, dentro de una perfecta ortodoxia católica, desarrolla extremos históricos que posiblemente pueden dar lugar a discrepancias de opiniones y controversias.*

*A este respecto, por estimarlos exactamente definidores de nuestro criterio y aceptándolos íntegramente como propios, reproducimos a continuación lo que hace tres años decía nuestro inspirador y Censor religioso el R. P. Ramón Orlandis, S. I. (1):*

Quien esta advertencia suscribe, no es por cierto el Director de la Revista; no es siquiera—aunque algunos puedan creerlo—quien tuvo la iniciativa en su aparición. Es, sí, desde los orígenes, el inspirador de la Revista; no hay para que disimularlo. Es asimismo, digámoslo así, su *curador espiritual* en la menor edad. Claro es, dicho sea entre paréntesis, que ni inspiración significa escritura al dictado, ni curatela, entorpecimiento de iniciativa o movimiento.

De esta su relación con respecto a CRISTIANDAD se origina y en esta relación se funda una ineludible responsabilidad: la de procurar con solicitud competente el bien de la Revista, que no es ni puede ser otro, sino el que ésta tienda siempre a su fin, sin tropiezos ni desviaciones de orden espiritual.

Exige esto, a todas luces, vigilancia, y quien tenga bien conocido así el fin como la índole de CRISTIANDAD, forzosamente se hará cargo de que la vigilancia no podrá ceñirse al mero cuidado de que en ella nada aparezca que no sea conforme al dogma y a la moral cristiana entendidos estos términos en su sentido estricto. Más es lo que exigen el fin y la índole de CRISTIANDAD: exigen que nada de lo que en ella se publique desdiga en lo más mínimo del nombre que con orgullo—orgullo santo—ostenta en su portada con caracteres deliberadamente llamativos. CRISTIANDAD desde su primera concepción quiso llamarse «CRISTIANDAD» y rechazó toda otra designación onomástica, tal vez más a la moda, más velada, menos audaz, menos—por qué no decirlo—menos provocativa. Y este nombre lo escogió a conciencia, previendo que con él en algunos sectores, sería quizás menos bien recibida, arriesgándose a ver tal vez reducida su publicidad.

CRISTIANDAD, al elegir este nombre, declaró sin rebozo qué vida quería vivir, que quería vivir en un todo del espíritu cristiano, del espíritu de la Iglesia de Jesucristo, de la Iglesia una, santa, católica y apostólica, de la Iglesia romana, única y verdadera, de la Iglesia cristiana auténtica.

CRISTIANDAD, por ser CRISTIANDAD, no se encoge ante el peligro de que la motejen de *beata* y así sin ningún asomo de empacho se profesa a la luz del día devotísima del Sagrado Corazón de Jesús, lo cual a no pocos cristianos podrá parecer una sencilla beatería.

Todo esto es la explicación del por qué CRISTIANDAD quiere y exige de su *curador espiritual* que la vigile, no sea que en su juvenil inexperiencia, se desvie un solo paso del camino que conduce a su meta; que nada pueda descubrirse en sus páginas, que, visto a la luz del Vaticano, pueda parecer una mancha en su perfecta ortodoxia; una sombra proyectada por la interposición de un criterio menos conforme con el de la Madre Iglesia.

Si algo así un ojo cristianamente avizor descubriera en las páginas de CRISTIANDAD, no lo ponga en duda el lector, habría sido un desliz inconsciente y CRISTIANDAD le agradecería en el alma un aviso de benevolencia. Los que forman el núcleo de la Redacción no se tienen por maestros infalibles y quien ejerce la vigilancia bien puede unos instantes dormir.

No es empero el espíritu de Cristo y de su esposa la Iglesia espíritu de congojas y apreturas. Donde está el espíritu de Dios, allí está la libertad, la libertad verdadera, la libertad de los hijos de Dios. Por esto precisamente, porque se entrega sin recalcitraciones ni titubeos, sin tacañerías ni minimismos al espíritu maternal de la Iglesia, CRISTIANDAD se gloria de vivir en la legítima y genuina libertad. Por esto siempre dejará a sus redactores y colaboradores la justa y honesta libertad de opinar, en todo aquello que la Verdad Eterna deja a la discusión bien intencionada y caritativa de los humildes mortales.

*Ratificándonos en el afán de permanecer siempre dentro de la más estricta ortodoxia, hemos procurado no apartarnos de la misma, sin desviaciones a la derecha ni a la izquierda.*

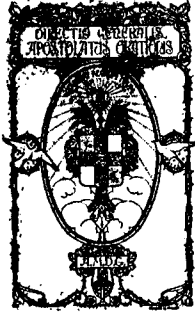
*Confiamos que así habrá sido cuando nuestro ilustre Prelado, en su carta publicada hace un año, (2) por él y por nosotros, rotundamente afirmaba, refiriéndose a CRISTIANDAD:*

*«Ni cederá un punto en su ortodoxia.»*

FERNANDO SERRANO MISAS  
Director



(1) CRISTIANDAD, núm. 27, de 1 de mayo 1945.  
(2) CRISTIANDAD, núm. 73, de 1 de abril 1947.



## Que crezca el número de sacerdotes santos

(Intención del Apostolado de la Oración del mes de Abril)

Ningún estímulo más eficaz para incitar a los fieles a orar por los sacerdotes que el conocimiento de la dignidad sacerdotal y de su ministerio, así como los inmensos bienes que los sacerdotes les reportan.

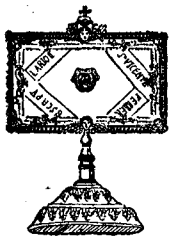
1. Por un impulso de amor inefable a los hombres ha emanado del Corazón Sacratísimo de Jesús el sacerdocio... Propio es del sacerdote: a) enseñar, extirpar las tinieblas de la ignorancia y de la ceguera, encender las almas con la luz de la fe viva... b) perdonar a los hombres los pecados que en su debilidad cometen, lavar las almas en la sangre del Redentor... c) consolar en este valle de lágrimas, de tribulaciones, de dolores, a los infelices hombres, enseñándoles el insigne valor de la pasión revelándoles las misericordias de Dios... d) sacrificar la divina víctima, como mediador entre Dios y los hombres en la expiación de los pecados...

2. Los fieles esperan y le piden ansiosamente al sacerdote la santidad. Sepan todos que es un don magnífico de Dios al pueblo cristiano el que haya santos sacerdotes, gracia que hay que alcanzar por las constantes oraciones. Háganse pues dignos todos de tan gran merced, porque tal pueblo, tales sacerdotes; imposible es que dé el árbol malo buenos frutos...

Oren, pues, los fieles para que Dios defienda a los sacerdotes contra todos los peligros y aparte de ellos lo que pueda ser un peligro para su virtud y poner en riesgo su sublime vocación; eleven preces a Dios para que el sacerdote sea realmente el hombre de Dios, para que viva en él Jesús, y le transforme en Sí, en instrumento de santidad, a fin de que sea otro Cristo, adornado de sus virtudes.

3. Teniendo ahora la liturgia de las cuatro témporas un carácter principalmente impetratorio para alcanzar aptos y excelentes operarios para la mies espiritual, no descuiden nuestros periódicos, durante tales tiempos, el avisar a sus lectores para que unan sus oraciones particulares a los ayunos mandados y a las públicas oraciones de la Iglesia. Recomienden constantemente el piadoso ejercicio del «Sábado del sacerdote». Exhórtenlos a prestar su ayuda a las obras de las vocaciones sacerdotales, especialmente para que florezca la Obra Pontificia de las Vocaciones Sacerdotales. Inviten a los socios del Apostolado de la Oración a ofrecer diariamente y explícitamente, oraciones, acciones, dolores, a fin de que el Corazón de Jesús envíe a su viña santos sacerdotes, inflamados en el amor de Dios y del prójimo.

(Fragmentos del original latino de la Dirección General del Apostolado. Roma).



## RAZON DE ESTE NUMERO

CRISTIANDAD dedica el presente número a tratar de una de las figuras más relevantes de los tiempos medievales: San Vicente Ferrer. La grandiosidad que emana de este hombre excepcional se concreta en su vida, en su obra y en la circunstancia histórica y espiritual que le envolvió; temas hacia los que orienta la intención de nuestra Revista en este número, cuyos artículos nos han sido enviados desde Valencia por escritores de personalidad tan reconocida que nos exime a nosotros de toda presentación y de todo elogio.

CRISTIANDAD recoge esta magnífica colaboración con sumo placer y a todo honor. Se ha celebrado estos días la festividad del Santo valenciano, y algunos artículos que publicamos se ocupan de los sucesos históricos y extraordinarios en la vida de San Vicente que tienen significación para el estudio de la figura del Santo. Otros artículos estudian su obra; finalmente alguno se ocupa de echar una ojeada sintética a las vicisitudes de la Europa que San Vicente Ferrer atravesó de parte a parte en el curso de su portentosa predicación.

Editorial: «Ni cederá un punto en su ortodoxia».

**La misión pacificadora de San Vicente Ferrer**, por Manuel Dualde Serrano (págs. 147 a 149); **El mundo en tiempos de San Vicente Ferrer** por Manuel Ballesteros Galbrois (págs. 150 a 152); **El tratado «DE VITA SPIRITUALI» de San Vicente Ferrer**, por José M.<sup>a</sup> de Garganta, O. P. (páginas 153 y 154); **Itinerario de las predicaciones de San Vicente Ferrer** (pág. 155); **El cisma de Occidente y San Vicente Ferrer**, por José M.<sup>a</sup> Giménez Fayos (págs. 156 a 159); **De Tríplíce Pace**, por Fernando Murillo (págs. 159 a 161); **Evocación del Doctor Angélico y del Angel del Apocalipsis**, por Felipe Mateu y Llopis (págs. 162 a 164).

**La U.R.S.S. y los judíos** por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 164 a 166).

**De actualidad**, por J.-O. C. (págs. 167 y 168).

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a Ignacio M.<sup>a</sup> Serra Goday, Tuca y otros.

# LA MISION PACIFICADORA DE SAN VICENTE FERRER

Si todo hombre tiene al nacer asignada una misión en los misteriosos designios de la Providencia, la de atraer a la paz del Señor a los pueblos y a los hombres parece ser la destinada al futuro san Vicente Ferrer al iniciar su ejemplar vida a mediados del siglo XIV. Toda su ingente labor de infatigable predicador del Evangelio, de indiscutible maestro de la Vida espiritual, de legado a *latere Cristi*, parece como exclusivamente encaminada a ofrendar a sus semejantes la inestimable armonía de la paz, una paz necesaria como pocas veces por el permanente ambiente guerrero en que transcurre la vida del Santo.

Nace éste, en efecto, en Valencia cuando aun no ha cesado de resonar el eco de las luchas de la Unión; presencia de muchacho la guerra entre Pedro el Cruel de Castilla y Pedro el Ceremonioso de Aragón; se ve envuelto en las incidencias del Cisma de Occidente por su amistad con *Benedicto XIII*; interviene decisivamente en la solución del interregno iniciado en Aragón a la muerte de Marlin el Humano, y muere en la Bretaña francesa durante la *Guerra de los Cien Años*, última gran empresa a la que consagra su atención. Y al lado de estas tres grandes crisis en que actúa intensamente, hay que ir destacando una serie interminable de empresas pacificadoras, de concordias logradas, de conflictos resueltos, de laudos otorgados en las más lejanas latitudes europeas.

Sólo una personalidad tan acusada como la suya podía hacer frente a la decadente atmósfera que le rodeaba. Europa atravesaba esa época especial de transición entre un Medio Evo intensamente cristiano y un Renacimiento materialista y paganizado, en que la tendencia a la unificación política forjadora de los modernos Estados, no había logrado desterrar aún las contiendas civiles, las rivalidades nobiliarias, los disturbios ciudadanos; la presencia de numerosas minorías musulmanas o judías en diversos estados europeos originaba problemas de convivencia de muy difícil solución, y las herejías pre-reformistas comenzaban a emponzoñar el ambiente religioso del Norte de Italia y el Centro de Europa. Precisaba una voluntad férrea y una inteligencia despierta y persuasiva para imponerse a las desmoralizadas multitudes, y ambas cualidades las tuvo nuestro Santo en alto grado.

No es posible encerrar en los reducidos límites de este artículo todas las empresas a las que el gran taumaturgo valenciano dedicó los ardores de su espíritu conciliador, pero sí cabe distinguir dos etapas en su labor evangélica: una encaminada a obtener la perfección individual, dirigida a regenerar socialmente a los pueblos, a acabar con la usura, con la lujuria, con la sed de venganza de sus contemporáneos; otra, —iniciada con el comienzo de su labor como legado a *latere*—, que extiende su influencia a campos más amplios, que le lleva a intervenir como armonizador de opuestos intereses en un Cisma entre dos Papas y en la designación de un rey entre muchos y poderosos candidatos, a gestionar la paz entre dos grandes naciones en lucha.

Un historiador nacido lejos de nuestra Patria, el holandés Huizinga, describe así el mágico efecto de la predicación de San Vicente: "Cuántas veces llega para predicar el dominico San Vicente Ferrer, salen a recibirle,

cantando sus alabanzas, el pueblo, la magistratura, el clero y hasta los obispos y preladados de todas las ciudades. Viaja con un numeroso tropel de partidarios que hacen procesiones con flagelaciones y cánticos todas las tardes, después de la puesta del sol. En cada ciudad se suman a él nuevos tropes. San Vicente se ve obligado a regular cuidadosamente la manutención y el hospedaje de todos sus acompañantes, nombrando maestros de alojamiento a los varones más integros. Viajan con él numerosos sacerdotes de diversas órdenes para ayudarle a tomar la confesión y asistirle en el servicio de la misa. Le acompañan algunos notarios, para dar fe de los juicios de conciliación que el santo predicador promueve y corona con éxito en todas partes. Allí donde predica es necesario un valladar de madera para protegerle con su séquito de la presión de la muchedumbre, que quisiera besarle la mano o el hábito. Los talleres permanecen silenciosos mientras él predica. Sólo raras veces dejaba de hacer llorar a su auditorio; y cuando hablaba del juicio final y de las penas del infierno o de los dolores del Salvador, prorrumpan siempre, tanto él como sus oyentes, en tan gran llanto, que necesitaba permanecer en silencio mucho tiempo, hasta que el llanto se calmara. Los arrepentidos se arrojaban al suelo delante de todos los presentes, para confesar con lágrimas sus grandes pecados" (1).

He transcrito íntegramente este expresivo pasaje de un autor tan extraño a nosotros como el citado para destacar más el universal alcance de la labor misionera de quien, según se acaba de ver, tenía que llevar notarios consigo para que dieran fe de las conciliaciones que promovía y coronaba con éxito *en todas partes*. Y este término general alcanza su más exacta expresión cuando se piensa que San Vicente llevó su seductora palabra a los últimos rincones de nuestra Península, de Francia, de Italia, de los Países Bajos; que predicó lo mismo ante los Pontífices y los jerarcas cristianos, que ante los musulmanes de Granada o los judíos diseminados por diversas naciones de Europa; que a impulsos de su vocación apostólica, recorrió a pie el Mediodía de Francia, el Delphinado, Lombardía, Monferrato, Piamonte, Suiza, Saboya, Flandes, el reino de Castilla y la Corona de Aragón, antes de ser protagonista destacado del Compromiso de Caspe, su más importante empresa política en España.

Atraído por el encanto que emana de este hecho singular y estimulado por el deseo de penetrar en el secreto que oculta su grandeza a las últimas generaciones catalanas, he consagrado cuatro años a investigar en diversos archivos y bibliotecas españoles las circunstancias que rodean al Compromiso y las pasiones desencadenadas en torno a él. Apasionado admirador de las legítimas glorias catalanas, que he sabido estimar debidamente durante mi residencia en Barcelona como funcionario del Archivo de la Corona de Aragón, mi ilusión de devolver a Cataluña la que se origina de su intervención en el Compromiso y de contar entre sus hijos a un santo como su principal protagonista, me ha hecho escrutar críticamente cuanto se relaciona con el hecho y creo haber logrado esclarecer algunos aspectos interesantes.

Nadie se atreve a negar el enorme influjo que San

(1) Huizinga: *El Otoño de la Edad Media* (Madrid, 1930) tomo I, página 164.

## PLURA UT UNUM

Vicente ejercía sobre sus contemporáneos, pero si se ha osado criticar su labor como juez en el extraño tribunal reunido en Caspe para adjudicar el trono aragonés a quien correspondiera por justicia como heredero de Martín *el Humano*. Pero para enjuiciar debidamente la conducta de nuestro Santo es necesario fijar la situación de su pueblo en el momento en que es elegido para intervenir en la solución del Interregno.

San Vicente tuvo a su cargo la ingrata misión de anunciar al maduro monarca la inesperada muerte de su hijo Martín a poco de obtener sobre los sardos el resonante triunfo de Sant Luri. San Vicente logra levantar el por fuerza abatido espíritu de su soberano, permanece a su lado en estos momentos hondamente dolorosos y oficia la misa en que el monarca contrae matrimonio con Margarita de Prades para procurar al trono el heredero legítimo que acaba de perder. San Vicente acude a Valencia a requerimiento de sus jurados en los primeros días del Interregno, y se esfuerza durante dos meses por obtener la paz entre la enemistada nobleza valenciana, dividida en torno a los Soler y a los Centelles. Y de Valencia, donde contribuye decisivamente a la fundación del Estudio general, marcha a predicar en la parte sur del reino, y penetra más tarde en el de Murcia, de donde pasa a Castilla, para volver a Aragón al ser requerido por sus compatriotas para formar parte del Cónclave de Caspe.

Lamentables son las condiciones en que vive la Corona de Aragón durante esta ausencia de su más preclaro hijo. Si mientras estuvo San Vicente en Valencia parecía hacedero celebrar un Parlamento general de todas las tierras que, reuniendo a los de los distintos Estados, procediera a la declaración por justicia del nuevo soberano, las rivalidades entre los bandos de Lunas y Urreas en Aragón, de Cardonas y Pallars en Cataluña, de Vilaragut—sucesores de los Soler—y de Centelles en Valencia, retrasan desde el primer momento la constitución de los parlamentos, que si llegan a reunirse, es a base de prescindir de importantes sectores del brazo nobiliario en Aragón y en Valencia. Y la cosa aún empeora cuando el asesinato del arzobispo de Zaragoza a manos de Antón de Luna da pretexto a la invasión de tropas castellanas en Aragón y Valencia, para proteger a los parientes del difunto prelado de los ataques de los partidarios del conde Jaime de Urgel, capitaneados por el asesino.

Este estado de cosas afecta también a Cataluña, que tiene que trasladar a Tortosa el Parlamento reunido en Barcelona, y presencia pronto el asalto de Palau Çaverdera por Juan de Vilamari. Es entonces cuando Pedro de Sagarriga, arzobispo de Tarragona y, como tal, presidente del Parlamento catalán, dirige a éste el primer documento que para demostrar las firmes esperanzas que en San Vicente tenían puestas los catalanes de su época, divulgo hoy por creer que contribuyo así a difundir la devoción del Santo en Cataluña y sirvo a la verdad y a la justicia.

Ausente del Parlamento como otros muchos miembros, y preocupado por el asalto de Palau Çaverdera, el arzobispo tarraconense escribía el 18 de septiembre de 1412 a la congregación que presidía esta expresiva frase: *Plagués a Deu que haguessets mestre Vicent Ferrer e semblants si sen trobaven, car hajats per clar que ab ayals instruments ha acostumat nostre Senyor fer singulars obres* (2). Pero, desgraciadamente para Cataluña, *mestre Vicent Ferrer* estaba en aquellos momentos muy lejos de su Patria, en el corazón del reino de Castilla, y no parecía fácil encontrar en el Principado a esos

*semejantes* dignos de servir de instrumentos al Señor...

La negativa de Fernando de Antequera a retirar las tropas castellanas invasoras de la Corona de Aragón; las andanzas del conde de Urgel por el Principado, enarbolando los atributos reales en respuesta a esa actitud del infante castellano; la cada día más enconada división de la nobleza valenciana; todo cuanto se oponía a hallar al Interregno una solución pacífica, estimulaba a los aragoneses y a los catalanes a sobreponerse a las circunstancias en aras del supremo interés nacional. Y cuando, siguiendo las exortaciones de *Benedicto XIII*, acordaron en Alcañiz remitir la declaración del legítimo soberano a la decisión de nueve personas de probada rectitud, reunidas en el castillo de Caspe a este efecto, todos vieron en el ausente fraile dominico que los había sacado de tantas situaciones angustiosas, la persona más indicada para empuñar el timón del Cónclave en trance de constituirse.

Incluido en la candidatura presentada por los aragoneses al Parlamento del Principado, el nombre de San Vicente fué admitido sin discusión en éste, y hasta cabe consignar como prueba de su prestigio, que los síndicos de Gerona Francisco Sansaloni y Guillermo Domenge le incluyeron junto a Sagarriga y a Vallseca en la terna representante de Cataluña, prescindiendo de su origen valenciano, lo que daba predominio en el Cónclave a los naturales del reino de Valencia (3).

El Proceso del Parlamento de Tortosa registra abrumadoras pruebas del entusiasmo con que fué recibida la unánime designación de nuestro Santo: al anunciar al Principado la elección de los nueve jueces y ponderar sus cualidades, tranquiliza a los catalanes respecto al éxito del Cónclave con estas palabras. *E per conclusio e tolre tot scrupol de sospita pot quescun pensar e induvidament creure que Deu e la sua justícia e veritat seran certament en lo fet en lo qual entrevindra aquella sancta persona mestre Vicent Ferrer, qui es norma exemplar e miral de tota religio, justícia, penitència e veritat, la predicació, vida e obres del qual no sabem si digam que son maravellosos o miraculosos. Placiús pensar e imaginar les oracions e predicacions e exortacions del dit mestre Vicent quant approfittaran continuadament entre semblants persones, com sovín sia stat vist que a una sola sua predicació inveterats peccadors se son convertits* (4).

Que el Principado participaba de esta creencia lo prueba la carta escrita desde Peralada el 21 de marzo de 1412 por el vizconde de Rocaberti al Parlamento catalán para notificarle que *per sobiran goig et consolacio inflamat, envides he poscut parlar, mas ab gran devocio lo meu coratge a nostre Senyor Deu endreçat en la pensa, ha cridat gloria in excelsis Deo et in terra pax hominibus bone voluntatis* (5) en el momento de recibir la carta en que el Parlamento catalán le anunciaba la elección de los jueces. Y el nada sospechoso MONFAR y SORS lo confirma plenamente al decir en su *Historia de los condes de Urgel* que "eran estas nueve personas, a juicio y común sentir de toda la Corona, las más idóneas, justificadas y entendidas de ella; y lo que más era de estimar fué ser entre ellas san Vicente Ferrer, luz y honor de España, con cuyo parecer y consejo tenían por cierto que no se podía errar, por ser pública y notoria su gran doctrina y santidad, confirmada con infinitivos milagros y obras prodigiosas que cada día obraba Dios por su mano" (6).

(3) El acta de la votación, justificativa de la unánime designación del Santo, puede verse en Codoin A. C. A., III, 98 y sig.

(4) Codoin A. C. A., III, 111.

(5) Codoin A. C. A., III, 163.

(6) En Codoin A. C. A., tomo X, pág. 424.

(2) Colección de Documentos Inéditos del Archivo de la Corona de Aragón (Codoin A. C. A.) II, 317.

Pero aun hay más: Según consta en el Proceso de Tortosa, al despedir a Sagarriga y a Gualbes la víspera de su partida para Caspe, los nobles afectos al conde de Urgel les amonestaron a abstenerse de actuar en el Cónclave hasta que llegaran a él Guillem de Vallseca y fray Vicente Ferrer (7), que gozaban de un prestigio tan sólido que no les alcanzó ninguna de las denuncias presentadas por los embajadores de Jaime de Urgel y de Luis de Anjou contra diversos jueces, entre ellos el propio hermano de San Vicente.

Estos hechos innegables han sido admitidos con más o menos resistencia por todos los autores, pero la cosa cambia cuando se trata de la sentencia, cuya redacción se atribuye justificadamente a San Vicente por haberse limitado los demás electores de Fernando a hacer suya la fórmula adoptada por el Santo, que, aun no siendo sino teólogo, precede en la votación a expertos jurisconsultos, acaso, como apunta Zurita, porque lo ordenara así Nuestro Señor "para más declarar, que en aquel juicio intervenía más que razón y ley y costumbre de las gentes, y no se fundaba solamente en letras y sabiduría humana" (8).

Pero el Proceso del Parlamento de Tortosa sigue revelando la conformidad del Principado con la actuación de su santo compatriota y el entusiasmo que despertara la sentencia: en el acta correspondiente al día 28 de junio—en que se conoció en Tortosa la proclamación del rey Fernando—se consigna que la carta anunciadora se leyó dos veces con gran alegría y que todos elevaron fervorosas preces al Señor porque en su infinita clemencia había visitado benignamente a su pueblo (9); y esta noticia tiene más extenso desarrollo en la carta circular a los preladados, nobles y universidades de Cataluña para anunciarles que oídos por los jueces *tots los competidors de la dita real corona ab gran auctoritat, justicia et puritat en tots lurs drets segons la arduitat de tan alt misteri requirita, per laor et gloria del sobiran Rey dels reys, font de veritat et justicia, les dites nou persones vuy, set hores passat mig jorn, nos han intimada per lur letra escrita en lo castell de Casp lo dia present, hora de tercia, la benaventurada publicacio que han feta per justicia del molt excellent princep et senyor don Ferrando, uniant de Castella, qui es nostre verdader rey et senyor* (10).

¿Qué valor tienen frente a estos abrumadores testimonios contemporáneos las acusaciones que contra San Vicente se han formulado en la última centuria por no haber otorgado el trono al conde de Urgel? Necesario parece distinguir dos aspectos del problema que plantea el Compromiso: a San Vicente sólo se le puede juzgar como árbitro, no como causa de unas mudanzas en la organización de los Estados que ni se originaron exclusivamente en Caspe, ni aun eran previsibles a los jueces. La pérdida de la hegemonía catalana en la Corona de Aragón no se debe al Compromiso de Caspe, ni siquiera a la unión de Aragón con Castilla, sino a una serie de causas de diversa índole, muchas de las cuales—como las transformaciones originadas por el descubri-

miento de América—escapaban por completo a San Vicente y a sus colegas.

Pero el Compromiso nos revela, en cambio, una faceta gloriosa si se le desliga de su proyección posterior. No es una *iniquitat*, es el medio genial de salir de una situación angustiosa, la fórmula susceptible de resolver pacíficamente un árduo problema político. El desconcierto de dos años de desgobierno había agotado todas las energías de los súbditos de la Corona de Aragón, y éstos ansiaban la paz que tan generosamente les brindaba San Vicente desde Caspe: entre seguir en el caos del que acababa de sacarles, o aceptar como rey a quien un santo varón consideraba con mejor derecho, la elección no era dudosa y no lo fué ciertamente para los catalanes del siglo XV, aunque otra cosa se haya supuesto siglos más tarde. El mismo TORRAS y BAGES proclama la conformidad del singular hecho con el carácter de San Vicente y destaca que *el pacificador de ciutats i viles havia d'acabar sa carrera essent pacificador de l'Estat i de l'Esglesia* (11).

Porque, si en el Compromiso de Caspe San Vicente había colmado su obra pacificadora de sociedades temporales, su intervención en la terminación del Cisma de Occidente le iba a dar el título de pacificador de la Iglesia. Sinceramente convencido de la legitimidad de *Benedicto XIII*, su apoyo a este testarudo Pontífice le permitió mantener su derecho largos años; pero el día que, convencido de la necesidad de emplear la vía de renuncia para poner fin a la división de la Iglesia, San Vicente le retiró su obediencia, *Benedicto* llegó a su ocaso y el Cisma de Occidente a su fin, como proclamaron noblemente los padres del Concilio de Constanza. Pero si este éxito y la tregua de tres años obtenida en la Guerra de los Cien Años poco antes de morir, le prestigian en el orden político internacional, es en su Patria a la que tanto amó donde más ha influido su labor.

Porque, por encima de su misma universalidad, San Vicente es un santo popular, un santo valenciano, a quien los catalanes consideraban como propio, como vemos por su inclusión en la terna del Principado de los síndicos de Gerona y en *La tradició catalana* del obispo TORRAS y BAGES; *una especie de monarca qui regnava en el cor dels seus paisans, que ell s'havia conquistat* (12); un santo capaz de convertir a los más pertinaces pecadores al conjuro de su apocalíptica oratoria y de reconciliar a los enemigos con sus frecuentes apelaciones al amor; un santo que transmitía su paz interior a cuantos entraban en contacto con él, que desempeñó con sincera humildad las más altas misiones y supo vivir junto a Papas, emperadores y monarcas renunciando a los halagos del mundo; un santo que, según expresa Pío II en su bula de canonización, "tuvo las costumbres más puras y realizó gran número de actos heroicos, *especialmente los que se refieren a la pacificación de los pueblos y de los reinos encendidos en guerras por los más altos intereses* (13); un santo, en fin, de una grandeza tan singular que no es posible separar en él una doble personalidad, para exaltarle fervorosamente por sus virtudes y denigrarlo apasionadamente por sus errores.

Manuel Dualde Serrano

Licenciado en Filosofía y Letras  
Facultativo del Archivo de la Corona de Aragón

(7) Cortes de los Reinos de Aragón y Valencia y Principado de Cataluña publicadas por la Real Academia de la Historia, IX, 480. Reproduce la noticia Monera en su *Historia de los condes de Urgel* (Codoín A. C. A., X, 425).

(8) Anales de la Corona de Aragón, lib. XI, cap. 87.

(9) *Qua quidem litera lecta et audita nedum semel immo etiam bis fuit vocata magna letitia inter omnes ibidem presentes de tanta gratia in dicta litera contenta reddentes unusquisque inibi presentes laudes uberrimas altissimo Creatori cui placuit sua infinita clementia plebem suam benignissime visitare* (Codoín A. C. A., III, 279).

(10) Codoín A. C. A., III, 282.

(11) *La tradició catalana* (Barcelona, 1924), pág. 302.

(12) Idem, 299.

(13) Tomada de Puig Puig, Sebastián: *Pedro de Luna*, pág. 240.

## EL MUNDO DE TIEMPOS DE SAN VICENTE FERRER

Es error muy difundido, en biógrafos e historiadores de hechos particulares, el desvincular a las personas y a los acontecimientos del mundo que los rodean, hurtándose así voluntaria, pero inconscientemente, mil posibilidades de interpretación y comprensión de lo que estudian. El error tiene razones de disculpa especialmente cuando el personaje estudiado es de las proporciones y la talla de un San Vicente Ferrer, es decir, persona que en sí misma lleva un mundo, determina una serie de acontecimientos y condiciones, por tanto, la marcha misma de la Historia.

Intentemos, pues, buscar la clave de la comprensión total de San Vicente estudiando la amplitud del mundo que lo circuyó, y en el cual se fué desarrollando su vida y su quehacer. Ahora bien, ¿qué aspectos de ese mundo son los que pueden interesarnos? Pregunta que no es ociosa, ya que podemos mirar solo un aspecto de esta amplitud de que hablamos. Las facetas que pueden interesarnos se hallan fuera y dentro de los hombres, es decir, son todos los aspectos que atañen al humano: su pensamiento, sus sentimientos, sus quehaceres, preocupaciones y hechos. Por raro que parezca, cada época, aun contando en ella a las gentes de distinto credo y de distinta raza —o alejados en el espacio— tiene un cariz genérico que la define y al que es aplicable una fórmula general. Las épocas que no tienen este cariz, que son inconexas, deslavazadas, también pueden ser caracterizadas, aunque sólo sea por esta vía de negación o paradoja.

Lancemos en primer lugar una mirada al mundo que podríamos llamar político y que en cierto modo define el conjunto de preocupaciones de orden externo en que se desenvuelven los hombres de fines del XIV y comienzos del siglo XV. Este mundo tiene dos dimensiones de aprecio que es necesario estimar para una mejor comprensión: el mundo de las *cosas occidentales*, internas del total de los pueblos cristianos y el mundo de *fricción oriental*, nacido de causas lejanas, originadas en el confín lejano del Asia, pero cuyas consecuencias vemos realizadas precisamente en los años vicentinos, anteriores, contemporáneos o inmediatamente posteriores.

La Edad Media, con sus vicios y virtudes, se liquida al final del siglo XIV. El mundo medieval-cristiano, dentro de sus divisiones, rencillas y guerras, ha visto una unidad, un movimiento conjuntado que se permitía el lujo de grandes empresas colectivas, como las Cruzadas, como la fundación de grandes Ordenes religiosos, de mantener un tono espiritual uniforme por todo el orbe cristiano. El siglo XIV iba a ser en lo político, como he dicho, el final de todo esto, pues el mundo occidental veía cuartearse los sostenes tradicionales de esta unidad. Estas bases eran fundamentalmente el Imperio germánico y la Monarquía francesa. Uno y otro han desaparecido en la época del santo valenciano. El Imperio que fué la fuerza determinante en la Edad Media, que había levantado su propia importancia hasta el punto de haberse parangonado con la fuerza espiritual supuesta por el Papado, ha abandonado su antigua importancia, se ha encerrado en sus propias fronteras, y deja de ser el prestigio internacional, supraestatal y jerárquico superior, para convertirse en una nación más de las que lucha por subsistir, conservando del Imperio solo el nombre. Este gran *baché* imperial solo será salvado cuando Carlos V recupere la conciencia del Imperio con la herencia de la dignidad. Maximiliano, su abuelo, es tan solo un precursor. A fines del XIV, pues, el Imperio ha dejado de ser lo que fué.

¿Quién le ha substituído? Muerto a mediados del siglo XIII el último emperador alemán que verdaderamente tuvo categoría de tal —Federico II— Francia es la que recoge la importancia rectora del Imperio. Ya Luis IX el santo ha reconstruído el país lo suficiente para que, en los comienzos del siglo XIV, Felipe IV el Hermoso no solo se considere el más poderoso rey de Europa —de la Cristiandad, diríamos mejor— sino que hace lo mismo que hicieron los emperadores germanos: mirar hacia Roma. Roma —como sede del Pontificado— fué siempre un freno; y un peligro para los ambiciosos de la tierra. Y Felipe IV lo era.

Así como los emperadores germanos habían visto en Italia el sueño mediterráneo de su Imperio, y tal ambición había sido disfrazada por la Querrela de las Inestiduras, solo en parte, Felipe IV —es decir, Francia— no tenía sueños mediterráneos (lo que sólo sucederá con los sucesores de Luis XI), pero sí veía en Roma el único baluarte que se opondría a sus designios dominadores. Y por ello buscó la fórmula cómoda de “llevarse Roma a casa”, trasladando la corte pontificia y la sede del Pontificado a la ciudad francesa de Aviñón.

Pero todo esto había sucedido en el primer tercio del siglo XIV. En los tiempos de Vicente Ferrer todo había cambiado, el signo de la disolución también se había enseñoreado de este baluarte sucesor del prestigio imperial: Francia había caído en la anarquía de una guerra interminable. La llamada *Guerra de los Cien Años* ha sido estimada por muchos como el coletazo final, el estertor agónico del Feudalismo en Francia, y nada hay de más cierto. La ocasión de una contienda dinástica proporcionó a los barones franceses, a los grandes y pequeños señores feudales la coyuntura de volver a la “guerra privada” que San Luis y Felipe IV el Hermoso les habían prohibido y cortado. Pero una *guerra privada* sin la nobleza de otros tiempos, sin la obediencia a las reglas de un *fair play*, de un juego limpio, sino guerra de pillaje, de odio entre todas gentes, de descomposición. En esta guerra los grandes caudillos militares, los nobles jefes de armas, desacreditados desde la desastrosa batalla de Poitiers (1356), en que por primera vez en la historia la caballería francesa huyó, dejando el campo libre, fueron substituídos por los “caballeros de fortuna”, por los *brigands* (*bergantes* diremos luego en castellano) como Croquard y Cervolle, verdaderos bandidos que son tomados a sueldo por los reyes para servicio de su causa. Nuevamente el signo de la disolución. Por ello podrá decir Funk-Brentano con razón que la Guerra de los Cien Años “acaba sobre una feudalidad en ruinas. La gran propiedad feudal se funde, pero la nobleza, acercándose a sus vasallos, llegará a formar esos gentileshombres campesinos, feudales apagados, mejorados, transformados, que durante tres siglos serían para nuestro país los elementos del bienestar y de la armonía”.

Pero precisamente los tiempos vicentinos eran los de la transformación, los del segundo periodo de esta gran guerra, cuando Santa Juana de Arco nacía y era sacrificada a las rivalidades partisanas que dividían a Francia. En otras palabras: Francia entonces no era, ni podía ser ya, la gran fuerza política respetable en Europa, sino un campo de ruinas en el que habían plantado sus “vivacs” los desaprensivos, los sanguinarios y los incendiarios.

¿Era necesaria una fuerza política como el Imperio o Francia? ¡Sin ningún género de duda! Más que nunca le hubiera sido precisa a Europa esta fuerza y esta for-



taleza, este prestigio y esta autoridad, porque Europa estaba más amenazada que nunca por el embate de fuerzas exteriores. Estas eran como siempre la proyección sombría de fuerzas asiáticas, que en su lucha por avanzar hacia Occidente ponían en peligro nada menos que la existencia misma de la Cristiandad.

No es preciso descender a detalles, ni tampoco, como hace Walter Schubart en su libro acerca de *Europa y el alma de Oriente*, establecer la teoría de la constante histórica de la rivalidad entre Oriente y Occidente, basta constatar un hecho clarísimo que viene produciéndose en Eurasia desde la época paleolítica. Este hecho es que Asia es productora de pueblos, a los que lanza periódicamente en oleadas hacia occidente, hacia lo que llamamos Europa y concretamente no tiene fronteras definidas, pero de cuya existencia no podemos dudar. Europa tiene la misión de endulzar y civilizar el empuje primario de estas grandes avalanchas humanas. Pero ello no sin dolor, no sin fricción y no sin dejarse jirones de su propio ser en la contienda.

El siglo XIII había superado —casi sin darse cuenta— uno de los momentos más graves de esta constante y los gengiskhanidas apenas habían supuesto para Europa algo más que unas heridas gloriosas. Durante el siglo XIV el peligro es mucho más grande, y a la larga, más consistente y durable. Dos grandes movimientos raciales habían sido lanzados desde el fondo de Asia: el de los turcos y el de los Tártaros. Más o menos emparentados racialmente, turcos y tártaros obraban independientemente y en cierto modo se contrarrestaban. Cuando los turcos parecía que estaban en el instante de mayor empuje, éste fue detenido por un ataque a retaguardia de los tártaros. Pasando por encima de estos detalles históricos, queda como evidente que el área de acción de unos y otros se diversifica: los tártaros hacia Rusia y los Turcos hacia Bizancio. Diversificación que a la postre viene a tener un mismo signo: el de atacar a Europa en dos puntos neurálgicos.

Dos puntos neurálgicos porque Bizancio y Rusia significaban las vanguardias de Europa, una en la puerta de las estepas y otra en los accesos del Asia Menor. Apenas hacia poco, en el siglo XIV, los caballeros y señores campesinos rusos, que habían logrado eliminar la herencia gengiskhanida, establecían a fines de la centuria su capital en Moscú y eran la promesa de una acción civilizadora hacia las interminables llanuras, prometedoras en su día de ubérrimas cosechas, capaces de sustentar a millones de hombres. Este intento moscovita primitivo es cortado de plano por el avance de los seguidores de Timur el Cojo, de Timurlenk, del que aparece en los textos medievales como Tamerlán. Los *timuridas* harán de Rusia —de lo que hoy llamamos Rusia, con su enorme variedad de poblaciones y de razas— una serie de dominios totalmente asiaticados. Y esto había de tener fatales consecuencias para el destino histórico de Europa, ya que, como observaba muy bien René Grousset en su *Bilán d'Histoire*, publicado recientemente, aquellos reinos serán estados tártaros con vasallos eslavos, de los cuales saldrá con los Ivanos un estado eslavo con súbditos tártaros. ¿Nos damos cuenta de lo que esto significa? Pues nada menos que la formación perenne de un quiste asiático en las puertas mismas de Europa. Y esto no pudo ser evitado mediante una nueva Cruzada porque en los reinos cristianos los reyes y señores se entregaban a la orgía de las rivalidades intestinas, y no había una sola voz capaz de unificarlos, de ponerlos en marcha contra este enemigo común, del que incluso no llegaban a tener noticia, por el fraccionamiento anárquico que también en el dominio de la cultura producía la inestabilidad política y militar.

¿Qué significaban los turcos? Los turcos eran al mismo tiempo una prueba más de esta periodicidad de las avalanchas raciales del Asia y los herederos de la enemiga islámica hacia los países Cristianos. Bizancio, gastado ya en sus instituciones, carcomido interiormente por un decaimiento total de sus viejas virtudes, no tenía ya fuerzas con que oponerse al empuje asiático. Ocupadas sus provincias del Asia menor, Bizancio vió sus fronteras de la retaguardia occidental también vulneradas por la presión de los turcos, que en 1382 se hallaban ya frente a Sofía, en el corazón de la "hinterland" bizantina, de la misma Europa. Las llamadas de socorro de Bizancio —Rusia no las había lanzado y por ello quizás la Cristiandad fué menos culpable— eran incesantes, pero nadie había que las oyera en las naciones que creían en Cristo Redentor. La falta de cohesión, la falta de una voz con autoridad, para poner en marcha a ejércitos cruzados era otra vez el triste corolario de esta desunión de Europa. Y tampoco estaba el Pontificado.

Hora es ya de decir, en esta visión panorámica de Europa, de la política contemporánea de San Vicente, cual era el papel del Pontificado. En los siglos anteriores, desde el XI en adelante, la gran fuerza unificadora había sido la Iglesia. Los pontífices había endulzado las costumbres bárbaras y canalizado la Caballería, los Pontífices habían lanzado el pregón para las Cruzadas y abierto el banderín de enganche para los caballeros que desearan combatir por su Dios y por su Fe, los Pontífices habían hecho frente a las apetencias de los poderosos —como Federico I y Federico II— e incluso les habían podido hacer cara con las armas en la mano, porque no les faltaron hombres que quisieran defender la independencia de los sucesores de San Pedro. Pero la Iglesia, políticamente, se había agotado en tres siglos de lucha y —como vimos— a principios del siglo XIV se había entregado con armas y bagajes al Rey de Francia Felipe el Hermoso. ¡Nunca sabría el rey francés la magnitud de su culpa! No se puede someter a una autoridad espiritual, desposeyéndola de su prestigio y de su fuerza moral, reduciéndola al estrecho papel de una segunda "cautividad de Babilonia". El resultado fué bien claro: la rebelión de la misma Iglesia contra este estado de cosas, la ingerencia de la política nacional en las cosas romanas y... la disolución significada por el Cisma. No voy a hablar de ello, porque por sí solo es tema de otro trabajo, pero sí que quede bien claro que la existencia del Cisma, en los tiempos que venimos historiando, es piedra angular para entender el porqué de las cosas que pasaron. La única voz que se había elevado unificadora y cohesionadora en los siglos de hierro faltaba ahora, voluntariamente la habían aniquilado los que debían estar más interesados en que persistiera.

El panorama eclesiástico por lo demás, no era más alentador, pues al tiempo que, por fortuna, las nuevas órdenes religiosas —franciscanos y predicadores— seguían firmes en la Universidad, y garantizaban que las conciencias allí formadas lo fueron con la misma solidez que en los tiempos en que los *Studia* dependían de la Iglesia, la Filosofía rodaba en el vacío, se hallaba ya sin contenido y auguraba el desed de nuevas cosas. La gran batalla del neo-escolasticismo tomista apagaba sus últimos fuegos, al tiempo que los franciscanos continuaban aferrados a su tradicional escolasticismo. Las historias de la Filosofía hacen un alto en el final del siglo XIV, y no reemprenden su tarea hasta que ha parecido el Humanismo y triunfan las corrientes renacentistas del pensamiento. Y es lógico que así sea. Los grandes momentos de crisis, como el que atravesaba Europa entonces, con la Iglesia —rectora máxima del pensamiento occidental— dividida en su más alta jerarquía, se caracterizan en muchos casos por

esta esterilidad filosófica. El resultado era bien natural que fuera como fué: por un lado la disolución del credo en formas heréticas y por otro el encauzamiento de las creencias hacia vías sentimentales, hacia el Misticismo. Ya desde mediados del siglo XIV esta última tendencia se venía manifestando poderosa, ya fuera con las dos Catalinas, la de Siena o la de Suecia —contraste nórdico mediterráneo que habla bien a las claras de la universalidad del fenómeno— o fuera —en el momento de cambio de siglo— con la *Imitatio Christi* de Thomas von Kempen. La serenidad de claustro es el refugio de los espíritus sensibles y selectos.

Fuera, en la calle, bullía la guerra o la torcedura de las falsas interpretaciones, de la herejía. Wicleff en Inglaterra es el prototipo de la disolución del espíritu, llegando en sus proposiciones heréticas —que siguieron luego los *Lollardos*— a un panteísmo que es clara muestra de cómo la falta de un criterio rector llevaba a los hombres a dudar de la naturaleza misma de Dios. Una repercusión de las doctrinas wicleffianas tuvo efecto en Praga, donde Juan Huss, menos dialéctico y elucubrador, se aferra a la teoría de la predestinación, encarándose abiertamente con la Iglesia y sus jerarcas máximos. Los *hussitas* estuvieron a un paso del comunismo y significan en el Continente la disolución de la antigua armonía de credo medieval.

Los únicos signos de fortaleza, en aquel caos en que se deshacía la unidad medieval, se daban en los países nórdicos, donde en 1397 se creaba la Unión de Calmar que representaba la cohesión de la Península Escandinava, y en Polonia, donde los Jagellones iniciaban, desde 1386, su ascenso y fortalecían definitivamente su posición en 1410, con la batalla de Tannenberg. El nacimiento de una Polonia fuerte es de la más alta significación, ya que se iba a convertir en una cuña cristiana —los Jagellones a la postre iban a entrar en el Catolicismo y a hacer de Polonia el país cristiano que hoy es— que interviniera en la Rusia tartarizada.

De todo este cuadro amplísimo que he querido trazar, queda manifiesta una conclusión que no debemos pasar por alto: mientras Europa se debate en una agonía provocada por su propia disolución interior, disolución política y disolución espiritual, sólo la península ibérica muestra signos de todo lo contrario. Los dos grandes reinos peninsulares, aunque dañados del mal de la época, no se entregan a orgías anárquicas. Ciertamente es que el siglo XIV significa también en España el intento constante de los nobles por recuperar sus antiguas preeminencias y en ello no todos los monarcas supieron estar a la altura de las

circunstancias, pero pese a ello, Castilla y Aragón marcan una línea ascendente en la que les acompaña Portugal, al tiempo que la decadencia de los nazaries granadinos es clara prueba de lo que a finales del XV había de suceder. Aragón se ha expansionado por el Mediterráneo con la suficiente fuerza para ser un rival peligroso de Francia en sus apetencias sicilianas y un competidor de fuste de las repúblicas mercantiles italianas.

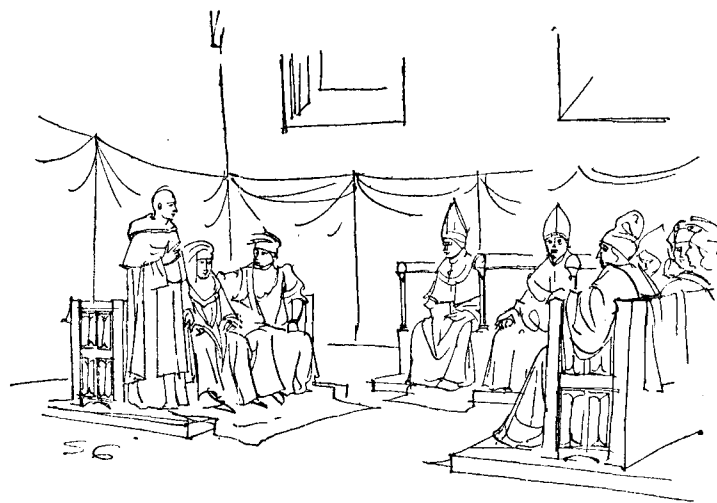
No debe extrañarnos, después de lo dicho, que España adquiriera a fines de la décimoquinta centuria el papel de primera potencia que estaba destinada a ocupar. Francia se levantaría agotada de la guerra de los Cien Años, la Iglesia recuperaría con Martín V y sus sucesores, lenta y penosamente, su antiguo prestigio universal, el Imperio quedaba reducido a un hombre que sólo adquiriría contenido —como he dicho antes— a principios del siglo XVI, con Carlos V.

¿Cómo era, pues, el mundo en que le tocó vivir, y tanto que hacer, a San Vicente? Un mundo en el que las ilusiones sólidas y las creencias firmes de la Edad Media estaban en trance de liquidación, un tiempo fuerte e implacable en el que los hombres se perseguían los unos a los otros, por todos los campos de Europa, como animales dañinos, sin levantar la mirada al verdadero peligro que desde Oriente les amenazaba y que iba a “asiatizar” a casi toda la península balcánica y en el que se anegaría la salvaguarda que, durante diez centurias, había sido para Europa el Imperio bizantino. Ruptura de la unidad entre los hombres y entre los espíritus, época dolorosa de transición y de desconcierto, del que sólo podría salir el Cristianismo gracias a los empujes violentos de hombres como Vicente Ferrer, santo y político, prudente y perspicaz, enérgico y españolísimo.

En otras palabras, Europa se aprestaba en el final del siglo XIV y comienzos del XV al gran drama que comenzara por unos devaneos con la Filosofía y con el Arte de los paganos, y terminaría con la herejía de Lutero y la escisión definitiva de Europa en dos credos, dos conceptos del mundo y de la vida. San Vicente significó la lucha contra todo eso, el combate por la unidad y la justicia, demostrados en su continuo batallar de sus sermones por la vuelta a la fe, en su intervención en solucionar el desconcierto sucesorio de Aragón y en su clara adscripción al principio unitario, contra el cismático que partía en dos a la Iglesia. Sobre este telón de fondo, San Vicente, aparte de sus valores propios, se nos presenta como *hombre necesario*, como esa providencia que Dios envía de vez en cuando a las naciones para detenerlas en su camino hacia la perdición, la ruina y la destrucción de sus valores morales.

Manuel Ballesteros-Gaibrois

Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Valencia



Compromiso de Caspe

# El tratado «DE VITA SPIRITUALI» de San Vicente Ferrer

Entre las múltiples facetas que presenta la gigantesca figura de san Vicente Ferrer, merece ser estudiado con particular interés de actualidad su magisterio espiritual. Es este uno de los aspectos menos conocidos del gran público culto, con ser el de mayor valor para penetrar en el alma de su apostolado de reforma de la sociedad de su época. Generalmente se estima en san Vicente su personalidad como apóstol de masas, como hombre público que interviene en los más graves problemas de su tiempo, su gestión en favor de la unidad de la Iglesia en los días trágicos del Cisma de Occidente, su papel decisivo en el Compromiso de Caspe. Todo ello, con ser de altísimo valor, si se sobrestima, nos ofrece una silueta poco exacta del gran Santo cuatrocentista.

Otro aspecto muy relevante en la vida de san Vicente Ferrer ha sido su *taumaturgia*. En torno a sus milagros ha florecido la leyenda, que ha contribuido a la devoción popular pero que ha servido para deshumanizar un tanto su figura y ha velado otros aspectos más íntimos y más aleccionadores de su vida, que el historiador de la vida espiritual no puede olvidar y mucho menos desestimar. Recientemente ha sido estudiada su personalidad de pensador escolástico, se ha dado a conocer su pensamiento sobre la Iglesia, ha sido estudiado el estilo de sus sermones. Todos estos estudios parciales ayudan grandemente para el conocimiento pleno del gran santo valenciano, pero no llegan a plantear el problema fundamental de la hagiografía vicentina.

San Vicente Ferrer fué el Apóstol de la *Cristiandad* en el siglo XV, en el sentido más estricto, entendida esta afirmación en todo su rigor histórico. Esta idea ha servido de fondo a la síntesis del Padre Gorce, es lo más valioso de su trabajo, y puede ser utilizada con fruto al intentar un enfoque definitivo en la interpretación histórica de san Vicente Ferrer.

San Vicente Ferrer como apóstol de Jesucristo desarrolló siempre una acción primariamente religiosa, verdadera misión inspirada por móviles sobrenaturales y destinada a fines sobrenaturales. En este sentido la obra de san Vicente se coloca por encima de lo temporal y de lo espacial. Pero san Vicente, insistimos, fué apóstol de la *Cristiandad*, que no se desliga de las condiciones particulares de la sociedad de su tiempo, que se preocupa no solamente por la Iglesia, se interesa ardentemente por la Comunidad religioso-política de su tiempo, aceptando plenamente el ideal de la Edad Media. Este doble carácter sobrenatural y político-religioso de su apostolado animó muchas de sus iniciativas, siempre dirigidas por un sentido de la realidad muy acentuado.

San Vicente, aunque apóstol de masas, aunque pacificador de pueblos, en toda su acción apostólica cultivó con ardiente empeño los núcleos selectos que se formaban en torno suyo. Estas selecciones tenían que jugar un papel particularmente eficaz en su obra reformadora. Algunos hechos de su vida arrojan luz vivísima: su influencia en la Ven. Inés de Moncada, en la Bta. Margarita de Saboya. Su predilección por las Religiosas de vida contemplativa, las monjas de clausura de las diversas familias religiosas. El fuerte espíritu ascético que comunicó a sus compañías de flagelantes. Sobre todo, el núcleo

de sus discípulos: Beato Jofre de Blanes, Bto. Pedro Cerdán, Bto. Pedro de Queralt, Ven. Juan Gilabert Jofré, y tantos otros. Todo ello nos ayuda a comprender la obra de san Vicente en toda su amplitud, y en su perfecta integración de valores. La obra total aparece en la práctica vivificada por una corriente espiritual, que queda siempre en el subsuelo, pero que tiene una rica eficacia.

Los discípulos de san Vicente recibieron del glorioso Santo una enseñanza espiritual vigorosa y fecunda; es incuestionable. Fueron modelados en su escuela, aceptaron sus módulos ascéticos, y transmitieron a las generaciones siguientes el legado de la espiritualidad vicentina. Esta labor colectiva, animada de fuerte unidad interna, de los discípulos de san Vicente, era condición necesaria a la permanencia de su obra. La sola palabra del apóstol conmueve las muchedumbres pero tiene una influencia poco duradera, si no inspira instituciones o corrientes que desborden el campo limitado de su acción personal, por extenso que sea.

San Vicente Ferrer se ofrece al historiador como una plena realización del ideal de santo Domingo. Vicente Ferrer fué hombre de contemplación y de acción, o mejor, según la fórmula dominicano-tomista, de acción plena que tiende a volcarse sobre la vida.—*Contemplata aliis tradere*.—Este volcarse sobre la vida, que es plenitud de caridad y abundancia de doctrina, tan profundamente cristiano, es nota dominicana que caracteriza a san Vicente y a los discípulos por él formados. Al salirse el Santo de la esfera íntima de su vida interior para actuar en las almas, actuó con sentido realista, ponderando las exigencias de una vida cristiana socialmente organizada. Así, los núcleos selectos de sus discípulos sirvieron de fermento a un vasto movimiento de restauración espiritual, con tendencia vigorosa a buscar un cauce jurídico para sus ideales de ascética práctica. Todo ello por motivos basados en un profundo conocimiento de los hombres, pues sin una corriente espiritual que lo anime, se quiebra cualquier intento de reforma que pretenda imponerse autoritariamente, por carencia de energía vital. Por el contrario, sin un ordenamiento jurídico adecuado, la acción de una corriente espiritual encuentra un campo propicio entre las almas fervorosas y parece ganar a ciertos espíritus impresionables, pero más tarde o más temprano queda anulada en un ambiente desfavorable, y desde luego nunca logra universalizarse.

De la eficacia de la acción espiritual de san Vicente es buena prueba, entre otras, el hecho de la fundación en 1440 de la Congregación de observancia de la Provincia dominicana de Aragón, inspirada y nutrida por los discípulos del Santo. De la Congregación de dominicos observantes pasó la tradición ascética vicentina a la gloriosa escuela ascética dominicano-valentina que consiguió su vértice con la grandiosa figura de san Luis Bertrán. Un estudio global de este movimiento nos llevaría muy lejos; desborda los límites estrechos de un artículo periódico. Podemos, sin embargo, llamar la atención acerca de algo que nos han legado los siglos precedentes y conserva, aún hoy, extraordinario valor, después de haber sido durante largos años el código fundamental de la escuela ascética de san Vicente Ferrer: su tratado DE VITA

## PLURA UT UNUM

SPIRITUALI, verdadera joya de la literatura espiritual de la Baja Edad Media.

El minúsculo libro de san Vicente ha tenido verdadera fortuna, repetidas ediciones y duradera y universal influencia. Su autenticidad es incuestionable, pero se desconoce la fecha exacta de su composición. El P. Vicente Justiniano Antist dice que lo escribió cuando era ya anciano. Desde luego, revela una gran madurez espiritual y un conocimiento profundo de los hombres y de las circunstancias de su época. Muy pronto la imprenta recogió el áureo opúsculo de san Vicente, y después se han multiplicado las ediciones. Recordamos algunas, sin pretender ser exhaustivos: Magdeburgo, 1493; Brescia, 1498; Venecia, 1500; Venecia, 1502; París, 1549; Lyon, 1555; Amberes, 1570; Venecia, 1573; Lyon, 1585; Valencia, 1591; Lyon, 1599; Catania, 1616; Tolosa, 1655; Valencia, 1657; Augsburgo, 1719; Friburgo de Brisgovia, 1893.

Repetidas veces ha sido traducido y editado en diversas lenguas. Anotamos algunas traducciones y ediciones: la edición española del Cardenal Cisneros, Alcalá 1510; la de Fr. Pedro Blasco O. P., Valencia 1612; Fray Juan de Gavastón, con extenso comentario, Valencia 1614 y 1616; Francisco de Vubillas, Madrid 1669; Almagro, 1914.

En francés: Sor Juliana Morell O. P., con extenso comentario, París, 1619. Sor Lucía de Maisons O. P., París, 1704. En italiano: Pablo Antonio de Piacentino, Pavia, 1613; Fr. José de Ariano O. P., Nápoles, 1644.

San Vicente divide su tratado en tres partes. En la primera, *De principiis vitae spiritualis*, trata de la pobreza, del silencio, de la pureza de corazón, de la mortificación de la propia voluntad y del amor propio, de la unión divina o quietud en Dios.

La segunda parte, *De praxi vitae spiritualis*, trata del director espiritual, de la obediencia, de la modestia, de la templanza en la comida y bebida, de la moderación en el dormir y en el velar, del estudio y de la oración, del rezo del Oficio divino, del modo de predicar, remedios contra ciertas tentaciones espirituales, razones que mueven al alma a trabajar en su perfección.

En la tercera parte: *Summaria doctrinae spiritualis*, habla de los dos fundamentos de la vida espiritual, de los afectos del alma que aspira a la perfección, de quince perfecciones necesarias en la vida espiritual, y cinco ternarios que tiene que cultivar el hombre interior.

El breve opúsculo de san Vicente, que tanta influencia tuvo en la espiritualidad cristiana de los siglos XV y XVI, tan estimado de los santos y de los escritores espirituales, es un libro clásico, en el sentido más riguroso de la palabra. Su fuerte personalidad, recia y suave, ardiente y ponderada, supo reducir a síntesis cerrada, de fórmulas sobrias pero palpitantes de vida, la espiritualidad vigorosa de la Edad Media, con los caracteres particularmente luminosos y ardientes de la escuela dominicana, que eran para san Vicente carne y sangre de su vida religiosa.

Esta espiritualidad inspiró su tratado DE VITA SPIRITUALI y animó el movimiento de reforma del que fueron principales actores discípulos inmediatos del Santo. Un examen minucioso de los hechos y de los textos confirmaría plenamente que se debió en gran parte a la influencia de san Vicente y a su tratado DE VITA SPIRITUALI, la seguridad doctrinal y el equilibrio práctico de nuestra espiritualidad del siglo XVI, libre de las in-

fluencias del iluminismo, del erasmismo y de lo que ahora se suele llamar savonarolismo.

No podemos hacer, ahora, una exposición de conjunto de las doctrinas espirituales de san Vicente. Podemos, sin embargo, apuntar algunas características de particular interés. En primer lugar, san Vicente es escritor ascético de tendencia mística; orienta las prácticas ascéticas hacia una perfecta desnudez del alma, para disponerla a la acción de la gracia divina y a la unión con Dios, en la oración. Son del mayor valor los capítulos dedicados a la oración, a los afectos del alma interior, y el capítulo acerca de las tentaciones espirituales, contra los iluminismos. Otra nota de la espiritualidad vicentina es el *cristocentrismo*, en la línea de la tradición dominicana, como camino, no como meta. Anima todo el tratado un sentimiento de devota fidelidad a la tradición monástica, de sabor medieval, con una perfecta valoración de las observancias monásticas y sobre todo de la obediencia. La perfecta integración de los ideales dominicos en su síntesis espiritual: predicación, estudio, pobreza.

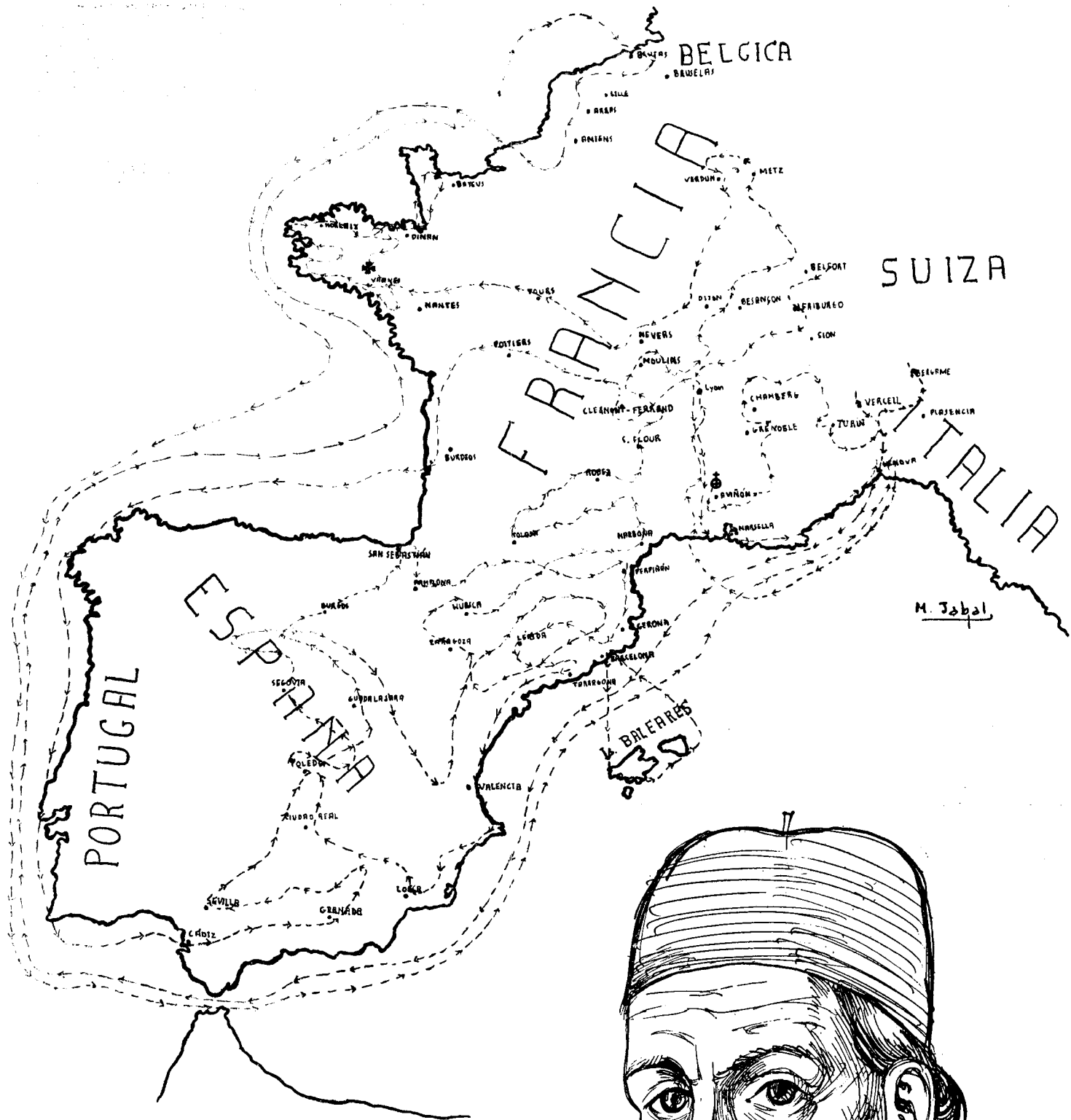
Por último, queremos destacar el *sentido social* de la espiritualidad de san Vicente Ferrer. El Santo valenciano funde perfectamente en su síntesis el apostolado y la vida interior. Para san Vicente no existe la dicotomía *contemplación-acción*, según la cual el apostolado en el hombre interior exigiría un desdoblamiento, con el consiguiente desequilibrio psíquico, persistiendo siempre en el espíritu contemplativo una tendencia individualista al retiro y a la separación de la vida social. Para san Vicente, apóstol dominico y tomista, el hombre interior puede plenamente desenvolverse, perfectamente adaptado al medio social y con actividades públicas, sin menoscabo de su santidad interior ni de sus funciones sociales. Para el religioso el primer estadio de esta vida social es la vida de comunidad, de tan alto valor como medio de santificación. El celo apostólico, que nace de una caridad excelsa, impulsa al alma a una acción sobre los demás, con tanta mayor fuerza cuanto mayor es la plenitud interior.

En conclusión. El libro de san Vicente Ferrer, destinado inmediatamente a la formación espiritual de los religiosos dominicos, nos ofrece una perfecta síntesis de espiritualidad apostólica y dominicana, con sus notas doctrinales y sus características modales: austeridad, desasimiento del mundo, espíritu contemplativo y estudioso, flexibilidad en la utilización de los instrumentos de perfección ascética, plena integración en la vida social. Libro de principios, dicta normas que tienen plena validez en otros ambientes, con un pequeño esfuerzo de adaptación. Por su *sentido social* y como teorización de la santidad apostólica, conserva una gran actualidad y puede ser utilizado con fruto por todos aquellos que se consagran al apostolado o se dedican a obras de celo.

Hemos dicho más arriba, que san Vicente Ferrer fué primordialmente apóstol de la Cristiandad en el siglo XV. Por esta circunstancia estrictamente histórica su apostolado es un apostolado de encrucijada; un ideal de reforma animó toda su empresa apostólica, le comunicó llamas de fuego y le comunicó santas audacias. El tratado DE VITA SPIRITUALI nos da a conocer el fondo de santidad que exigía el Santo como base necesaria para toda restauración de la sociedad cristiana. Magnífica lección que no podemos olvidar hoy entre los afanes y sacrificios de la más difícil de las tareas de restauración social que ha conocido la historia.

José M.<sup>a</sup> de Garganta, O. P.

Valencia



Itinerario de la predicación de San Vicente Ferrer

Verdadero plenipotenciario divino, Vicente Ferrer tuvo relación con todos los gobiernos de su tiempo, y trató a menudo con ellos de poder a poder... Partió de la Ciudad de los Papas el 22 de noviembre de 1399. «Nuestra Santa Madre la Iglesia, dijo en uno de sus sermones, celebra hoy el oficio de una gloriosa virgen y mártir, Santa Cecilia; quiero tomarla por objeto de mi discurso, no solamente por esta doble cualidad de virgen y de mártir, sino también porque en tal día como hoy comencé a predicar por todo el mundo, y a dar a conocer mi legación a *latere Christi*».



# El cisma de Occidente y San Vicente Ferrer

## El cisma

En 1378 comienza aquel lamentabilísimo período de la historia de la civilización cristiana, durante el cual se desarrollaron los tristes episodios del Cisma de Occidente. Duró cerca de cuarenta años desde la muerte del Papa Gregorio XI, después de la cual fueron elegidos, con unos meses de diferencia, Urbano VI en Roma, y Clemente VII en Fondi, hasta el año 1417 en que se vuelve a la unidad de jerarquía con el nombramiento de Martín V.

El rompimiento de la unidad no fué más que el estallido violento de un malestar hondo que conmovía a la Iglesia desde hacía años. Las intromisiones de distintos soberanos en el gobierno de la Iglesia, y las tremendas disensiones que agitaban la vida de Roma, fueron causa de que, al morir Bonifacio VIII, en 11 de octubre de 1303, y después del breve pontificado de Benedicto XI, el nuevo Papa que fué el arzobispo de Burdeos, Beltrán de Goth, coronado en Lyon con el nombre de Clemente V, fijara su residencia en Aviñón.

La residencia de los Papas fuera de Roma, que empieza en 1309, fué una terrible calamidad para la Iglesia, pues a parte de las complicaciones ocasionadas por la intervención de personalidades extrañas a la jerarquía eclesiástica, dentro de ésta misma, las disidencias entre los cardenales fueron acerbadas: eran unos, partidarios de la vuelta a Roma, y los otros, estaban decididos a no volver allá.

Esta pugna fué duramente sostenida durante los pontificados de los papas que sucedieron a Clemente V, hasta que Gregorio XI se decidió a establecer nuevamente en Roma la Sede Apostólica, en 1377.

El 27 de marzo del año siguiente, 1378 moría Gregorio XI. Se hallaban a la sazón en Roma, dieciséis de los veintitrés cardenales que entonces componían el Sacro Colegio. Doce eran franceses, tres italianos y uno español, éste era Pedro de Luna.

Comenzaron las reuniones del Cónclave el 7 de abril de 1378, en medio de tumultuoso ambiente popular, en el que acompañados de graves amenazas, se oían los gritos: "Queremos un papa romano, o al menos italiano." Esto clamaban las turbas, agitadas por las ambiciosas familias imperantes en Roma, y por los cardenales revoltosos. Respirando esta atmósfera agresiva se efectuó la elección del nuevo papa, Bartolomé Prignano, Arzobispo de Bari, que tomó el nombre de Urbano VI, y que fué solemnemente coronado en Roma, el día de Pascua de Resurrección, 18 de abril.

El genio duramente acre de que fué dando muestra Urbano VI, produjo el alejamiento de los cardenales franceses, quienes reunidos en el palacio del conde Roberto, cardenal de Ginebra, publicaron un acta en la que se declaraba que sólo el temor a la muerte les había inducido a elegir papa a Urbano VI y a reconocerle como tal. Escribieron a Urbano VI diciéndole que consideraban vacante la Sede Pontificia, y declarándole apóstata y excomulgado, que no podría alcanzar perdón sin previa renuncia.

El 27 de agosto daban el paso decisivo los disidentes, reuniéndose en Fondi (Nápoles) bajo la protección del conde Gaetani y de la reina Juana. A esta reunión asistieron también los cardenales italianos y de ella salió elegido papa el Cardenal de Ginebra, que tomó el nombre de Clemente VII, el día 20 de septiembre.

Así, pues, ninguno de los cardenales asistentes al Cónclave del que salió elegido Urbano VI, continuaba adicto a éste. Todos se pusieron a las órdenes del nuevo papa que acababan de nombrar.

En vista de tal defección, apresuróse Urbano VI a nombrar veintiséis cardenales, algunos de los cuales no quisieron aceptar. Quedó, pues, francamente declarada la división de la Cristiandad en dos fracciones; como es natural, ambas se creían legítimas.

La unidad de principios y de dogmas continuó incommovible. Urbano VI se veía apoyado por Alemania, por Inglaterra, y por parte de Italia, Francia y Nápoles obedecían y defendían a Clemente VII.

La conciencia cristiana de las multitudes, que no podía alcanzar bien de qué parte estaba la razón, vióse sumergida en un mar de vacilaciones. Unos reconocían a un papa, otros al rival; lo mismo en las cortes de los reyes, en los cabildos de clérigos y en las comunidades religiosas. Unos preladados excomulgaban a otros. Frecuentemente coexistían dignatarios dobles en un mismo cargo. Algunas órdenes religiosas y algunas militares se sintieron sacudidas por el huracán del cisma, divididas, con doble jerarquía.

El papa de Roma tenía santos defensores: Catalina de Sena, Brígida de Suecia, fray Pedro de Aragón, Gerardo de Groote. Pero a favor de Clemente VII estaban Vicente Ferrer, Pedro de Luxemburgo, Coleta de Corbie.

Los reinos españoles permanecieron neutrales de momento. Lo mismo Pedro IV de Aragón, que Enrique II de Castilla no querían decidirse sin tener ideas claras sobre lo ocurrido.

Para sacar de su neutralidad a los soberanos españoles e inclinarlos a acatar a Clemente VII, fué destinado el cardenal aragonés Pedro Martínez de Luna. Fué éste muy bien recibido en Aragón, pero sin que se le concedieran honores de legado pontificio, obedeciendo órdenes terminantes de Pedro IV, quien siguió sosteniendo su neutralidad.

El rey de Castilla, Juan I, después de una asamblea en que fueron oídos los representantes de Urbano y de Clemente, se declaró a favor de este último por medio de una solemne epístola fechada en 20 de mayo de 1381.

Pedro de Luna consideró este hecho como un gran triunfo y se apresuró a notificarlo a los príncipes cristianos y a las autoridades de las más insignes ciudades de Aragón.

Los intentos de Pedro de Luna fracasaron por completo en Portugal. Se hallaba este reino entonces en lucha con Castilla, y además en relaciones cordiales con Inglaterra, y se inclinó a prestar su obediencia a Urbano VI.

Al comenzar el año 1387 murió Pedro IV de Aragón. Pedro de Luna, que se hallaba en Illueca, se dió prisa a trasladarse a Barcelona, donde entró solemnemente, siendo recibido con afecto por el Obispo fray Ramón de Escalas partidario de Clemente, y por el clero y el pueblo.

El 4 de febrero se celebró una magna reunión en la Catedral de Barcelona en la que habló largamente Pedro de Luna a presencia de los reyes. Resultado de esta asamblea fué la declaración de obediencia del reino de Aragón a Clemente VII.

En Barcelona se celebró, con gran regocijo popular, el final de aquella indecisión en asuntos de jerarquía eclesiástica.

Marchó entonces Pedro de Luna a Pamplona. Reinaba en Navarra Carlos III yerno del rey de Castilla, y que además buscaba estar en buena armonía con Francia. El 6 de febrero de 1390 se declaraba el rey de Navarra partidario de Clemente VII en presencia del clero y del pueblo, y ante el Cardenal Pedro de Luna.

En 16 de septiembre de 1394 moría en Aviñón Clemente VII. El día 26, después de los funerales y de la novena, entraron los cardenales en Cónclave. Mucho se trabajó para que de él saliera la unidad de la Iglesia. Juró cada uno de los cardenales que, en caso de salir nombrado papa, se esforzaría en conseguir la unión, llegando, si era preciso, a la cesión de sus derechos. Pero de este Cónclave salió elegido el día 28 de septiembre el Cardenal Pedro Martínez de Luna, que, con el nombre de Benedicto XIII, había de mantenerse en su solio, luchando contra viento y marea hasta que murió, treinta años después, convencido de la legitimidad de su título de Vicario de Cristo.

No quedaron muy satisfechos en Francia del nombramiento de Benedicto. En 2 de febrero de 1395 se reunía en París una asamblea, a consecuencia de la cual el rey Carlos VI envió una embajada, formada por los duques de Borgoña, de Berry y de Orleans, que propuso a Benedicto la conveniencia de que abdicaran los dos papas para dar fin al cisma. No se mostró conforme Benedicto; él también era partidario de hacer esfuerzos para terminar con el cisma, pero creía que este ansiado resultado había de conseguirse por medio de una entrevista de los dos papas, en la cual el que fuera legítimo convencería indudablemente al otro.

No consiguieron los duques su propósito, pero consiguieron que varios cardenales, descontentos de la respuesta de Benedicto, se mostraran en abierta discrepancia con él.

También fracasó una nueva embajada formada por representantes de los soberanos de Francia, Inglaterra y Castilla.

Tras este nuevo fracaso celebróse en París una asamblea, en mayo y junio de 1398, a consecuencia de la cual se acordó que Francia sustrajera a Benedicto su obediencia, y así el día 1 de septiembre se dió público pregón, ante las puertas de Aviñón, dando cuenta de tal acuerdo, y conminando a los clérigos franceses que abandonaran Aviñón si no querían perder sus beneficios, y a los extranjeros a abandonar el servicio del papa bajo la amenaza de severas penas.

Al día siguiente abandonaban a Benedicto los diecisiete cardenales franceses y quedaba declarada la guerra entre el papa y el Sacro Colegio, apoyado éste por las fuerzas armadas francesas que, entrando en Aviñón, establecieron el asedio del palacio de los papas.

No nos detendremos en detallar los incidentes del asedio. La entereza y serenidad de Benedicto produjo una sensible reacción en su favor: algunos cardenales se reintegraron a su obediencia, y algunas voces elocuentes se alzaron en Francia, censurando duramente la conducta del rey Carlos para con Benedicto.

Al cabo de cuatro años de comenzado el asedio, por iniciativa, al parecer, del mismo Benedicto, se planeó su evasión, para lo que contaba con la ayuda del rey de Aragón y del duque de Orleans. El día 11 de marzo de 1403 salía Benedicto de Aviñón y se refugiaba en Castellrenard, bajo la protección del duque de Orleans.

La figura de Benedicto XIII adquirió singular grandeza con estos incidentes, los cardenales franceses volvieron todos a su obediencia, y el mismo monarca francés volvió a reconocerle como papa.

Una vez se vió Benedicto en tan excelente situación dirigió todo su esfuerzo a trabajar por la extinción del

cisma, que esperaba conseguir por una amistosa entrevista con su rival. Dos veces estuvo en Italia para realizar su propósito: primero, desde mayo a noviembre de 1405; luego, desde septiembre de 1407 a julio de 1408. Ambos intentos fracasaron.

A consecuencia de estos fracasos, varios cardenales de una y de otra obediencia, descontentos de su respectivo pontífice, celebraron diversas entrevistas y llegan a convenir en la necesidad de celebrar un concilio al que habían de concurrir los cardenales de los dos bandos. Tenemos, pues, a los dos papas enfrentados con sus respectivos cardenales.

En 25 de marzo de 1409 se reúnen los cardenales en Pisa, declaran destituido a Benedicto XIII y a Gregorio XII, y proclaman papa a Pedro Philargi, que toma el nombre de Alejandro V, pero muere el 3 de mayo de 1410, y es elegido en su lugar Baltasar Cossa, que toma el nombre de Juan XXIII.

Aviñón había pasado a la obediencia de estos dos últimos papas y Benedicto se refugia en Barcelona, pues el reino de Aragón era el único país verdaderamente adicto a él.

Eran tres, entonces, los titulados papas: Benedicto XIII, Gregorio XII y Juan XXIII. La situación era insostenible: Juan XXIII, tras algunos triunfos y serios reveses, se entrevista con el emperador Segismundo, y convienen en que la única manera de terminar el conflicto era la celebración de un Concilio.

Se acordó que dicho concilio se abriría en Constanza el día 1 de noviembre. Segismundo se entregó afanosamente a los preparativos para celebrarlo. De los tres papas, Juan estaba a su merced, Gregorio sufría el abandono de sus amigos, pero en Aragón estaba Benedicto, rodeado todavía de gran prestigio, coloso de virtud y de sabiduría, que podía echar por tierra sus planes.

Fernando I de Aragón, comisionado por Segismundo, celebró diversas entrevistas con Benedicto para convencerle de la necesidad del concilio y de la conveniencia de que renunciara la tiara. Sólo pudo lograr de él la promesa de aceptar la celebración de una entrevista con Segismundo. Efectuóse esta entrevista en Perpiñán. Segismundo y Fernando rogaron a Benedicto que renunciara; sólo consiguieron de él hábiles evasivas. El emperador se marchó decepcionado.

Volvió a insistir Fernando en su requerimiento a la renuncia, y ante la tenaz negativa, resolvió negarle su obediencia; y así el día 6 de enero de 1416, San Vicente Ferrer, después de celebrar la santa misa ante la capilla real de Perpiñán, tras de deplorar la conducta de Benedicto, leyó el real decreto de sustracción de obediencia.

El día 5 de noviembre de 1414 celebró su sesión de apertura el Concilio de Constanza; el 2 de marzo de 1415, aunque no de buen grado, leía Juan XXIII su renuncia al Pontificado; unos días después, el 20, aprovechando que era un día de gran animación, vestido de palafrenero, con una ballesta al hombro y acompañado de un niño, salía Juan XXIII de Constanza, pero se le consiguió detener, y después de juzgarle fué declarado depuesto.

Gregorio XII presentó sinceramente su renuncia y se le nombró Obispo de Porto. En 1419 murió santamente a la edad de noventa años.

En cuanto a Benedicto, en la sesión celebrada por el Concilio de Constanza en 26 de julio de 1417, se pronunció el fallo definitivo, condenándole a perder todos sus derechos y dignidades, como perjuro, cismático y hereje, y mandando a todos los fieles que le retiraran su obediencia.

Benedicto se retiró a Peñíscola, donde murió siete años después. Hasta la muerte se consideró verdadero papa, afirmando que así como la humanidad se salvó del

## PLURA UT UNUM

diluvio universal en el arca de Noé, así la Iglesia se salvaba en el peñón de Peñiscola.

### San Vicente Ferrer ante el cisma

En las últimas sesiones del Concilio se tomaron acuerdos sobre el futuro Cónclave. Abierto éste, en la tarde del 8 de noviembre de 1417, declaraba, tres días después, que el nuevo papa, único, era Otón Colonna, Martín V.

Al quedar planteado el Cisma de Occidente, en 1378, tenía nuestro santo la edad de veintiocho años. En 1380, ordenado ya de presbítero, trabó amistad con el Cardenal Pedro de Luna, venido a España para atraer a los monarcas españoles a la obediencia del papa de Aviñón.

A consecuencia de esta amistad, y convencido el santo por las razones que aducía dicho cardenal, se adhirió honda y sinceramente a la causa de Clemente VII. Con esta convicción, y deseoso de cooperar con el cardenal, escribe su tratado sobre el cisma, "De moderno Schismate", que dirige al rey Pedro IV de Aragón.

En la primera parte de tal tratado demuestra que no puede haber dos papas; Jesucristo sólo fundó una Iglesia y estableció un solo Primado. El Papa es superior a los concilios. Todo el orden social, según la concepción política medieval, debe subordinarse a la Iglesia. En la segunda se propone demostrar que el verdadero papa es Clemente VII, ya que la elección de Urbano VI debía considerarse nula por no haber gozado de verdadera libertad los cardenales que en ella intervinieron.

Al morir Clemente VII, viene a sucederle, como sabemos, el cardenal Pedro de Luna con el nombre de Benedicto XIII, el cual, conocedor de las excepcionales cualidades que atesoraba Vicente Ferrer, le llama a su corte nombrándole su confesor y capellán doméstico, penitenciario apostólico y maestro del Sacro Palacio, de cuyos cargos tomó posesión a mediados de 1395.

La antigua penetración entre el Cardenal Luna y su acompañante dominico, fué enfriándose entre el papa y su nuevo confesor; el conocimiento directo del ambiente cortesano de la Iglesia escindida iba proporcionando a éste no pocas amarguras. Benedicto buscaba la ayuda de su potente capacidad proselitista, y en cambio rehuía sus consejos y advertencias. Vicente había ido a Aviñón con un solo desecho: el de acelerar la paz de la Iglesia; mas en el papa Luna sólo encuentra un criterio cerrado, absolutamente impermeable para toda opinión que discrepe de la suya.

Intentó Benedicto captarse una más incondicional adhesión de nuestro santo con el otorgamiento de dignidades eclesiásticas: le ofrece mitras, le ofrece el capelo cardenalicio. Vicente no acepta; seguramente comprendía que si aceptaba perdía, o ponía en peligro, su libertad de actuación.

Su gran ilusión era ayudar al pontífice en la tarea de la reconciliación. Esperaba encontrar en Benedicto comprensión y desinterés. Creía que nadie como él podría inclinarse a una cordial avenencia; pero el gran confesor, que tantos miles de almas había de salvar, se sintió fracasado ante aquel su viejo amigo. La firme tenacidad de éste, había de terminar agotando la paciencia del santo.

La posición de Vicente era bien clara. Un día la expuso, por orden de Benedicto ante el pueblo de Aviñón. Había que rechazar la fórmula de la dimisión de los dos papas, propuesta por Francia; el camino a seguir era el de la amistosa discusión entre los dos pontífices; Benedicto se comprometía a renunciar la tiara, si, después de la discusión, parecía necesaria tal medida; finalmente el papa declaraba que no admitiría jamás una dimisión forzada.

Cuando el rey Carlos VI de Francia, se decide a pro-

ceder por la fuerza de las armas contra Benedicto, se encierra éste en su Palacio de Aviñón y se apresta a resistir. Grave conflicto para el corazón de Vicente: si encontraba censurable el ataque de Carlos, desaprobaba también la resistencia armada del pontífice; la alta dignidad apostólica era incompatible con la lucha guerrera.

El confesor del Papa, sin abandonarle, ni salirse de su obediencia, rehusó predicar en favor de la guerra, y solicitada licencia para retirarse del Palacio sin intervenir en la contienda, se retiró a su convento de predicadores.

Cae Vicente gravemente enfermo, a consecuencia de estas contrariedades. Se siente francamente derrotado. Pero, he aquí que el 3 de octubre, víspera de la fiesta de San Francisco de Asís tiene una visión, contada por él mismo como ocurrida a un amigo suyo: Jesucristo, teniendo a sus lados a Santo Domingo y a San Francisco de Asís, le toca la mejilla, y le ordena que vaya a predicar por el mundo.

Queda el santo instantánea y milagrosamente curado. Se presenta al Papa, rejuvenecido, solicita el relevo de sus cargos, y permiso para emprender la misión que se le ha confiado. Benedicto, tras alguna dilación, accede a sus ruegos y le otorga el título de Legado "a latere Christi" con todos los privilegios a él inherentes.

Empieza para él una nueva existencia. Puede decirse que una nueva luz ilumina su inteligencia, y le hace ver más claro que nunca la triste realidad de esta vida, y lo engañosas que son todas las esperanzas humanas. Sólo en Dios deposita plenamente su confianza y se lanza decididamente a la conquista de almas para Cristo.

Emprende, lleno de fe y de encendida caridad, la más ardua tarea apostólica. Quiere hacer cuanto esté en su mano para levantar el decaído espíritu de la cristiandad; no aludirá en sus sermones al Cisma; su único anhelo será la conversión de ciudades y pueblos.

En medio de su azarosa vida de predicación, marcha a Italia requerido por Benedicto, que allá se encontraba realizando intentos de reconciliación. En vista del decidido fracaso del arreglo amistoso, va pensando, Vicente, en la conveniencia de variar de táctica. Tal vez, la única solución será la de apelar a un Concilio.

Cuando se reúnen en Perpiñán el emperador Segismundo y Fernando I de Aragón con Benedicto, allí está también Vicente Ferrer, deseando contribuir al feliz éxito de la reunión. Abatido, al ver que son inútiles todos los esfuerzos para vencer la obstinación de Benedicto, vuelve a sentirse otra vez enfermo con angustias mortales. Sana milagrosamente, y el jueves, 7 de septiembre de 1415, se presenta en el púlpito ante Benedicto, los príncipes, cardenales, embajadores y millares de personas, y pronuncia un impresionante sermón que comienza recordando un terrible texto de la sagrada Escritura: "Ossa arida, audite verbum Dei". El sermón va dirigido especialmente a Benedicto. Pero éste no se da cuenta de que Vicente está realizando su último intento enderezado a reducir la tenaz obstinación que alienta en su alma.

Sigue Benedicto imperturbable, y, al fin, resuelve Fernando I de Aragón retirarle su obediencia, lo cual realiza públicamente por medio de nuestro santo, el día 6 de enero de 1416.

Es requerido posteriormente, Vicente, para concurrir al Concilio de Constanza, por medio de una afectuosa carta del canciller Gersón. No se sabe si contestó, o no; lo cierto es que no concurrió. Tal vez creyó que estaba ya terminada su actuación en lo que al Cisma se refería. En adelante dedicaría todos sus esfuerzos a proseguir su apostólica misión.

El 5 de abril de 1419, entregaba su alma a Dios, en



Vannes, después de haber tenido la dicha de ver restablecida la tan ansiada unidad de la Iglesia.

\* \* \*

Los que firmemente creemos en la providencia, al par que en la misericordia divinas, y estamos convencidos de la sapientísima y omnipotente intervención de Dios en todos los sucesos humanos, hemos de ver, en el Cisma de Occidente, algo cuyo alcance está muy por encima de nuestra limitadísima inteligencia.

Lo que sí que podemos afirmar es que la indestructibilidad de la Iglesia de Cristo quedó bien patente. Ninguna institución humana hubiera podido resistir, sin hundirse, crisis tan grave y prolongada.

Mas, aunque se restableció la unidad, el Cisma produjo hondas perturbaciones, males innumerables, tristes consecuencias. Quedaron debilitadas la influencia y el prestigio de la Sede Apostólica; se alzaron numerosos elementos de oposición dentro, mismo del seno de la Iglesia, surgieron nuevas doctrinas tocantes a su constitución, y, como dice Pastor, "por doquiera aumentaron los poderes de los príncipes en los asuntos eclesiásticos, mientras decrecían los de los Papas. De aquí que se pueda afirmar que ningún acontecimiento preparó tan eficazmente la re-

belión contra el Pontificado acaecida en el siglo XVI, como el Cisma que duró en la Iglesia casi medio siglo".

Este desdichado cisma dió ocasión a que surgieran y adquirieran preponderancia las herejías de Wiclef, en Inglaterra, y de Huss, en Bohemia.

Todos estos males habian de producir, unos años después, la erupción luterana.

Por otra parte, el Cisma, con sus lamentabilísimas circunstancias, influyó poderosamente en el alma de Vicente Ferrer, y quizá fué el acicate que despertó en nuestro santo aquella ardiente y conmovedora decisión con que se lanzó a su encendido apostolado por Europa.

Su convincente predicación hizo seguramente aminorar los fatales resultados de la llamada reforma protestante.

José M.<sup>a</sup> Giménez Fayos

Doctor en Ciencias  
y Licenciado en Filosofía y Letras - Valencia

#### BIBLIOGRAFÍA

- Vicente Genovés. *San Vicente Ferrer, apóstol de la paz*. Barcelona, 1944.  
Augusto Casas. *El Papa Luna*. Barcelona, 1944.  
Fateo M. Gorce. *Saint Vincent Ferrer*. París, 1924.  
P. Andres Ibars, O. F. M. La "indiferencia" de Pedro IV de Aragón en el gran Cisma de Occidente. Madrid, 1928.  
D. Urbano Ferreiroa. *Historia apologetica de los Papas*. Valencia, 1898.  
Le Pere Fages O. P. *Histoire de Saint Vincent Ferrer*. París, 1901.  
José Sanchis y Sivera. *Historia de San Vicente Ferrer*. Valencia, 1896.

## De Triplíce Pace

Poco tiempo después de terminada la pasada guerra, cuando se abría ante los supervivientes la postguerra negrisima que aun continúa, con prolongación que hace temer se esté ante una nueva preguerra, tuvo el acierto el P. García Figar, O. P., de dar a conocer cierto sermón que sobre la paz predicó San Vicente Ferrer (1). Lo entresacó de una colección de sermones—*Sermones de Sanctis*—, editada en *Lugduni*, 1550. San Vicente toma como lema en este sermón las palabras de San Pablo a los Corintios, II, 13: *Pacem habete, et Deus pacis et dilectionis erit vobiscum*, y desarrolla luego después su pensamiento sobre las tres paces que son necesarias para que reine el orden, paces escalonadas, sucesivas, íntimamente vinculadas, de forma que cada una descansa en las otras dos.

No consta en esta edición ningún dato que pueda ilustrar acerca de dónde y cuándo fué pronunciado. Mas este pensamiento debió ser expuesto por San Vicente varias veces y ante distintos auditorios. En una colección bastante anterior—*Sermones de tempore et de sanctis*, *Lvgdvni*, 1947 (2)—figura otro sermón sobre la paz, en el que toma el santo como lema las palabras *Pax vobis* que por tres veces repite N. S. Jesucristo en el cap. XX del Evangelio de San Juan, y tanto en esta como en todas las colecciones en que se incluye aparece ocupando el segundo o tercer lugar de los sermones correspondientes a la Dominica in Albis, en cuya misa se lee el citado Evangelio.

Por último, en una edición muy posterior (3), que es una colección muy completa y ordenada de los sermones de San Vicente y que va seguida de esa joya que es su *Tractatus de vita spirituali*, aparece, además de los dos sermones que he citado, otro más específicamente dedicado a la paz, tomando como lema del cap. XIV del Evangelio de San Juan, la frase: *Pacem relinquo vobis, pacem meam do vobis*, pero presentando aquí los tres

la nota común del título que los encabeza: *De Triplíce Pace*.

En efecto, tres sermones por lo menos predicó San Vicente Ferrer acerca de la existencia de una triple paz necesaria a los hombres. Y en ellos no sólo el pensamiento es el mismo, sino aun el orden de la exposición, si bien entre si se observan algunas diferencias, especialmente en el último.

Mi propósito no es otro sino dar a conocer el sermón correspondiente a la Dominica in Albis, que es precisamente este año la víspera de la festividad del santo (5 de abril).

*Pax vobis, Pax vobis, Pax vobis* (Ioa. XX).

"En aquel tiempo: Aquel mismo día primero de la semana, siendo ya muy tarde, y estando cerradas las puertas de la casa, donde se hallaban reunidos los discípulos por miedo de los judíos, vino Jesús, y apareciéndose en medio de ellos, les dijo: *La paz sea con vosotros*. Dicho esto, mostróles las manos y el costado. Llenáronse de gozo los discípulos con la vista del Señor. El cual les repitió: *La paz sea con vosotros*. Como mi Padre me envió, así os envío yo también a vosotros. Dichas estas palabras, dirigió el aliento hacia ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. Quedan perdonados los pecados a aquellos a quienes los perdonareis; y quedan retenidos a los que se los retuviereis. Tomás, empero, uno de los doce, llamado Didimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Dijéronle después los otros discípulos: Hemos visto al Señor. Mas él les respondió: Si yo no viere en sus manos la hendidura de los clavos, y no meto mi dedo en el agujero que en ellas hicieron, y mi mano en la llaga de su costado, no lo creeré. Ocho días después, estaban otra vez los discípulos en el mismo lugar, y Tomás con ellos, vino Jesús, estando cerradas las puertas; y púsoles en medio y dijo: *La paz sea con vosotros*. Después dice a Tomás: Mete aquí tu dedo, y registra mis manos; y trae tu mano, y métele en mi costado; y no seas incrédulo, sino fiel. Respondió Tomás, y le dijo: ¡Señor mío y Dios

(1) Véase "El Español" núm. 163, del 8 de dic. de 1945.

(2) Incunable I—176 de la B. Nacional.

(3) Sancti Vicentii Ferrerii, *Opera, seu sermones de tempore et sanctis cum Tractatus de vita spirituali*. Augustae Vindelicorum, 1729.

## PLURA UT UNUM

mio! Dijole Jesús: Tú has creído, oh Tomás, porque me has visto: bienaventurados aquellos que, sin haberme visto, han creído.”

\* \* \*

San Vicente Ferrer, explicando brevemente el contenido de este texto evangélico, concluye en la iniciación del sermón: *Et quia Christus ter dixit Pax vobis, innuitur, quod triplex pax sit nobis necessaria in hoc mundo, si volumus venire ad Patrem gloriae.* “Y porque Cristo tres veces dijo *Pax vobis*, indicó que una triple paz nos es necesaria en este mundo si queremos ir a la Gloria del Padre.”

*Prima est pax interior, scilicet cum seipso.*

*Secunda est pax exterior, scilicet cum proximo.*

*Tertia est pax superior, scilicet cum DEO.*

### Prima est pax interior, cum seipso

Pone el santo el pie en el primer peldaño de la escalera ascendente que nos ha de conducir a la Gloria del Padre, internándose en la esfera básica y elemental del propio mundo interior.

Nada más asomarnos a él, la guerra se nos presenta: *Si dicitur: quis habet guerra cum seipso?, respondeo, quod omnes.* Esta guerra es exponente del desequilibrio interior natural. *Unde guerra naturalis est in quolibet homine, scilicet inter corpus et spiritu.* Cada uno de estos elementos busca su región natural, aquella de la que salió y a la que quiere volver. Tiende el alma hacia lo alto y siente el lastre de la materia que es inclinada en opuesta dirección. Siente el alma el impulso que le imprime el alto fin para que fué creada y se siente vencida por la substancia que fué tomada del barro. *Anima enim de sua natura semper vellet contemplari Deum, quia est de substantia spirituali ut Angelus.*

¿Cómo ordenar estas tendencias opuestas que inquietan y destruyen la tranquilidad interior? Una u otra habrá de someterse. Puede ser el alma al cuerpo, mas *iste modus est malus.* Si con ese sometimiento se busca la paz en nuestro interior mundo desacordado, no se ha de olvidar que la paz es la tranquilidad en el orden. Establecido el orden, la tranquilidad reina: he ahí la paz. Es una tranquilidad descansada, espontánea, fruto natural. Orden dice cada cosa en su sitio. En nuestra mansión interior, el alma, noble y prudente señora, en su sitio, será obedecida por la criada, que ha de plegarse a ella. Lo contrario, ¿sería orden? *Non decet dominam ancillari, nec ancillam dominari.* Ese es el fin, ¿con qué medio se conseguirá sabiendo cuál es la tendencia natural de la sierva? Por la penitencia se la dominará y dominada servirá a la señora y la ayudará a cumplir su fin alto y elevado.

Establecido el orden en el propio mundo interior, la paz reinará en él. *Est etenim pax habitus sedati animi,* nos dice Domingo de Soto. La paz se nos dará a conocer, como San Agustín enseña, en la mente serena, la tranquilidad del espíritu, el corazón simple, el vínculo de amor la concordia de la caridad.

### Secunda est pax exterior, cum proximo

Explicada la paz interior, San Vicente sube a la esfera social. El contacto con los demás, *cum proximo.* Si el hombre es ser social ha de aprestarse a poner su esfuerzo al servicio del bien común. Esta colaboración social no ha de ser indisciplinada, sino armoniosa, *ordenada,* para que ese orden dé como fruto natural la paz social.

El santo va exponiendo ante su auditorio los diversos grupos de relaciones.

*Primo debent habere pacem Domini cum vasallis ipsos defendendo, et nihil aliud praeter suos redditus ab eis recipiendo, et in pace et iustitia eos conservando. Et vasalli cum dominis eis obediendo et fidelitatem servando.*

He aquí expresados los peligros, los obstáculos que se oponen y que acechan a la paz en un sector tan importante del ámbito social como el de las relaciones entre patronos y obreros, señores y vasallos. Primero aparecen citados los señores, los amos, los patronos, como que a ellos corresponde enseñar y dar ejemplo, haciendo resplandecer la justicia en las relaciones con sus subordinados. El salario debido es sagrado y ha de ser dado cuánto y cómo se debe. En el jornal justo ha de descansar el obrero cabeza de familia, y en él ha de confiar para el sustento y decoro propio y de aquellos que Dios le dió para que los protegiese y atendiera. “Pero entre los principales deberes de los amos, el principal es dar a cada uno lo que es justo. Sabido es que para fijar conforme a justicia el límite del salario, muchas cosas se han de tener en consideración; pero, en general, deben acordarse los ricos y los amos que oprimen en provecho propio a los indigentes y menesterosos, que tomar ocasión de la pobreza ajena para mayores lucros es contra el derecho divino y humano” (4).

Pero también los vasallos han de tomar su parte. Si quieren la paz y la concordia cumplan y trabajen lo estipulado con justicia; no estafando el jornal por no cumplir el trabajo que les corresponde. Obedeciendo y sirviendo con fidelidad, se salvarán gran parte de los obstáculos que impiden las relaciones pacíficas con los patronos. En la Encíclica citada, resume así León XIII los deberes que corresponden a los obreros: “poner de su parte íntegra y fielmente el trabajo que libre y equitativamente se ha contratado; no perjudicar en manera alguna al capital, ni hacer violencia personal a sus amos; al defender sus propios derechos, abstenerse de la fuerza, y nunca armar sediciones ni hacer juntas con hombres malvados que mañosamente les ponen delante desmedidas esperanzas y grandísimas promesas, a que se sigue casi siempre un arrepentimiento inútil y la ruina de sus fortunas”.

Se enlazan con lo dicho las relaciones de los pobres y los ricos. *Debent habere pacem cum pauperibus ipsis dando vel mutando sine usura...* Las relaciones de ricos y pobres no tienen otra solución que aquella que la caridad enseña. “Todavía más importante para remediar el mal de que tratamos, o, por lo menos, más directamente ordenado a curarlo, es el precepto de la caridad. Nos referimos a esa caridad cristiana, *paciente y benigna* (I. Cor., XIII, 4) que evita toda apariencia de protección envilecedora y toda ostentación; esa caridad que desde los comienzos del Cristianismo ganó para Cristo a los más pobres entre los pobres, los esclavos” (5).

Pasa luego a los sanos y a los enfermos. *Debet esse pax inter sanos et infirmos. Sani infirmis servient econverso infirmi patienter sustinendo.* Todo el mundo doliente, los que padecen y sufren, los pobres enfermos, aquellas víctimas que saben con sus miserias corporales, no ya del dolor sino, lo que es más, de la continuidad en el dolor. El bálsamo de la paciencia y la resignación suaviza y eleva las relaciones entre los enfermos y aquellos que Dios quiso conservar sanos.

Y también exista la paz entre el marido y la mujer, y entre estos y sus hijos. *Item inter virum et uxorem sibi invicem fidelitatem servando, quia alias non est pax. Item inter filios et parentes...* ¿Cómo iba a dejarse de mencionar la paz en la familia, célula primaria de todo

(4) León XIII. Encíclica *Rerum novarum.*

(5) Pío XI. Encíclica *Divini Redemptoris.* Esta Encíclica, como sabe el lector, trata del comunismo ateo, y tal es el mal a que el Papa se refiere.

el cuerpo social? Bien llamó Cicerón a la familia *principium urbis et quasi seminarium reipublicae*. Esa su condición de célula primaria de la sociedad, habla bien claro de cuánto importa la existencia en su seno de la tranquilidad en el orden. "Es en la célula familiar—ha escrito el sociólogo Jossierand—donde ordinariamente se manifiestan los primeros síntomas del mal, antes de estallar en el organismo más vasto y potente del Estado."

Un enemigo feroz de la paz social es la venganza, que induce a tomar la justicia por la propia mano. Una diferencia, sea cualquiera la causa que la produzca, hace nacer los enemigos y en ellos el deseo de venganza, introduciendo la guerra en la sociedad y siendo imposibles de fijar todos los modos que puede revestir esta guerra cruel. Del ánimo de venganza habla San Vicente, y dice: *Sed totus mundus est domus Dei... Et omnes sumus intra suum palatium et in praesentia sua... Ideo in hoc mundo debemus habere pacem cum inimicis*. Todo el mundo es la casa del Señor. ¿Y estando en su casa y en su presencia armaremos nuestro brazo pretextando que va dirigido contra el que es enemigo? ¿Usaremos de la calumnia, de la difamación, del tiro desde la sombra y a cubierto; eliminaremos competidores de antemano y para desembrazar nuestro camino?

Y con todos, en fin, se ha de tener paz. El bien común ha de ser inspirador del vivir y obrar del hombre, ser social. La diversidad de aptitudes y de dones, maravilla de la creación, es fuente de mutuo auxilio y de vínculo de amor. Cita a San Pablo en su Epístola a los Romanos, XII: *Sicut in uno corpore multa membra habemus, omnia autem membra non eundem actum habent, ita multi unum corpus sumus in Christo, singuli autem alter alterius membra*. "Porque así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, mas no todos los miembros tienen un mismo oficio, así nosotros, aunque seamos muchos, formamos en Cristo un solo cuerpo, siendo todos recíprocamente miembros los unos de los otros."

Y concluye San Vicente la exposición de esta segunda paz, deduciendo del texto del Apóstol: *Ita est ratio, quare omnes esse debeamus uniti... Ideo si volumus ad pacem gloriae pervenire, habeamus hic pacem*. He aquí, pues, la razón de que todos debamos estar unidos. Y la paz de aquí será camino que conducirá a otra paz más gloriosa.

### Tertia est pax superior, cum Deo

La paz con Dios, tercera y última paz, es sin embargo aquella que sirve de aliento y de sustento a las demás. Paz del hombre con Dios, adecuación del mundo que el hombre construye con su trabajo y con su ingenio, con el orden preestablecido por Dios. San Vicente repite las palabras de Job, XX: *Acquiesce ei, et habeto pacem cum eo, et per haec habebis fructus optimos*. "Comparte con El y tendrás paz y conseguirás óptimos frutos." El olvido de Dios en los órdenes individual, social y político, es causa y explicación del desasosiego y desequilibrio del mundo actual actual. Lo mismo que se da en el orden individual la apostasía, se da en el internacional la apostasía de las naciones. Y lo mismo que un hombre puede renegar del bautismo que se le administró al venir al mundo, así las naciones pueden renegar de la verdad cristiana sembrada por corazones esforzados y ánimos ardientes y regada con sangre de mártires.

Habla San Vicente de que la paz con Dios exige que se le honre y reverencie, que se descansa el séptimo día, cesando el trabajo y dedicándolo al culto, que se den diezmos y primicias. En el orden intelectual se considera una humillación el que la razón se incline ante Dios, en

el social las legislaciones prescinden de El al no respetar, pongo por ejemplo, el descanso dominical para los trabajadores, o al crear una situación de hecho que les mueva a trabajar ese día. En el internacional se deja a Dios a la puerta de las conferencias y de las asambleas. La mención del Señor al que los hombres deben obediencia y pleitesía, en uno de esos comicios internacionales, reuniones de "grandes"... en las que se juega con la vida y la felicidad de millones de hombres, de los que viven y de los que nacerán, provocaría estentóreas carcajadas. De los tratados no ya ha desaparecido aquella invocación a Dios que los encabezaba en otro tiempo, sino que en su espíritu no pesa la existencia de un orden establecido por El que limita y condiciona las aspiraciones del grupo social o étnico, de la patria, los intereses económicos o políticos que son su móvil.

Todo esto implica un estado de guerra con Dios, puesto que la paz con El la da la obediencia y la inclinación voluntarias, inspiradas por la fe.

Cada una de estas tres paces tiene su camino: *Et sicut prima pax habetur per poenitentiam, secunda per amicitiam, sic haec tertia habetur per obedientiam*.

\* \* \*

San Vicente Ferrer ha señalado la existencia de tres paces—consigo mismo, con el prójimo y con Dios—, y ha discurrido por cada una de ellas. La suma de estas tres paces supone la Paz, esto es, la tranquilidad en el orden. El 18 de diciembre del año pasado, Su Santidad Pío XII daba una Carta Encíclica cuyas primeras palabras son *Optatissima Pax*, o sea, "La tan deseada paz..."

La paz que todos los hombres desean, la que interpreta la Iglesia, la que clama el mundo dolorido..., pero no la que el mundo da. Porque esa, por ser la que el mundo da es la que está reinando. Domingo de Soto, en sus comentarios a la Epístola de San Pablo a los Romanos, nos ha dejado una magnífica definición de esa paz: *Mundana pax est, dum propriis unusquisque affectionibus obtemperat, atque nulla vel ordinis vel iustitiae ratione habita, animum explet*. "Paz mundana, se da cuando cada uno se entrega a sus propias pasiones, y llena su ánimo, sin respeto ninguno del orden ni de la justicia." Esta es la paz *quam mundus dat, Sethonque persuadet, et concupiscit caro*. Y añade: *Quae pax saevior est truculentiorque omni tyrannide*. Entiéndose: "Esta paz es más inhumana y más atroz que toda tiranía." Bien lo vemos hoy.

Esta es la paz que se da en la actualidad y la causa de que no consigan éxito las conferencias y las asambleas que tratan de gobernar el mundo. Porque esa paz no lleva a la tranquilidad en el orden. Esta paz mundana es la guerra, y la guerra es la que se aporta a las conferencias internacionales y la que se deposita sobre las mesas de las asambleas y de los gobiernos. Para unos y otras parecen destinadas estas palabras que el acero cortante como un bisturí de la pluma de Papini ha escrito en su último libro (6): "Llevais la guerra en la sangre y maldecis las guerras; llevais en vosotros, cada día, todos los fermentos y los posos de las guerras personales y pretendéis la paz universal. Os sentís, cada uno por cuenta propia, inclinados a robar y matar, y luego querriais que las naciones formadas por vosotros renunciase a ese latrocinio que es la conquista, a esa carnicería que es la guerra. Haced primero reinar la paz en vuestros ánimos y después, como efecto natural, la paz reinará sobre la tierra."

Fernando Murillo

(6) G. Papini, *Cartas del Papa Celestino VI a los Hombres*.

# EVOCACIÓN DEL DOCTOR ANGÉLICO Y DEL ÁNGEL DEL APOCALIPSIS

Nada consuela tanto como ver restauradas las tradiciones de la patria y nada anima, con mayor acicate, a trabajar en el campo de la cultura como advertir la continuidad de las obras y la permanencia y utilidad del fruto.

Cuando en 1922, accediendo a repetidas instancias, el entonces Ministro de Instrucción Pública fijó el día 7 de marzo, festividad de Santo Tomás Aquino, como Fiesta del Estudiante, se tendió un arco para enlazar con el magno edificio de la tradición universitaria española. Cuando en 1939 se logró la recuperación del espíritu de España, construyóse sobre aquél la inmensa arquitectura en que la Patria se muestra espléndida en toda la magnitud de sus órdenes y caracteres.

Un ilustre dominico, el padre Fray Vicente Beltrán de Heredia, trazó en la primera de estas fechas, las líneas generales de la Historia de aquella fiesta, estudiando la conmemoración de Santo Tomás en nuestra tradición universitaria y en las eruditas páginas de «La ciencia Tomista» fueron apareciendo las crónicas por él escritas de la celebración de tan señalado día. Muchas eran las ciudades que, muy especialmente, en los siglos XVI y XVII celebraban la fiesta del Aquinense, ya en las congregaciones llamadas «academias» y «cofradías» de Santo Tomás, ya en actos religiosos públicos, cual procesiones u otras solemnidades.

Nació con la décimotercera centuria aquella Orden que habría de recibir en su seno, figuras tan extraordinarias como las que ocupan ahora nuestra atención brevemente. Al correr el año 1223 vestiría el hábito de Santo Domingo aquel varón insigne, barcelonés ilustre, el maestro Ramón de Penyafort. Por aquellos años venía al mundo el que luego sería el doctor de Aquino, mientras un monarca intrépido, que supo guerrear con denuedo y legislar con sabiduría, iba a ensanchar sus estados a costa de los territorios musulmanes: Jaime I de Aragón.

El pontífice Gregorio IX confiaba a los predicadores de Barcelona y a Fray Ramón de Penyafort la misión de preparar en las tierras, siempre hispánicas, de Narbona y en las de Arlés, la expedición a Mallorca. Cuando el joven Tomás sale del oblatorio de Monte-Casino, para profesar en el Convento dominicano de Nápoles, San Ramón de Penyafort se hallaba en las cortes de Monzón, en las que se había de tratar, entre otras cosas, de una nueva y gigante empresa del Conquistador: la de ganar el reino moro de Valencia, cuya recuperación se había iniciado a fines de 1232.

Por entonces el insigne dominico catalán trabajaba y escribía incesantemente; viviendo el ambiente de una ciudad industrial y mercantil, no dejaba de atender a los casos que aquélla presentaría: Fray Ramón redacta un *Modus iuste negociandi* dedicado a los comerciantes barceloneses y en la *Summa de penitentia* resuelve sobre cuestiones de casuística mercantil, convirtiendo la regla moral de la Iglesia en regla de derecho.

Fray Ramón era Maestro general de la Orden en 1237: Bolonia y el Papa le atrajeron entonces. Entre 1256 y 1259, Tomás de Aquino viajaba por Francia e Italia; en aquel último año, en el capítulo generalísimo de Valenciennes, Alberto Magno y Tomás, formulaban el programa de estudios de los dominicos y se aprobaba y recomendaba la *Summa Raimundina*.

Corrían los años 1265 a 1273: mientras en Occidente

se consolidaba la obra política de Jaime I surgía la *Summa theologica*; Santo Tomás perfeccionaba las fórmulas escolásticas o pretomistas más antiguas, sobre las cuestiones candentes en la época: la licitud de la guerra; el concepto de la guerra justa; el interés y la usura; la licitud del comercio. La Europa de la décimotercera centuria, que entre guerras y conquistas asistía al afianzamiento del poder real veía surgir un nuevo orden económico y a las antiguas concepciones sucedían otras muy distintas, sobre el comercio y el intercambio entre los pueblos.

El siglo XIV vió pronto la canonización del Aquinense, realizada en 1323: el magisterio de Santo Tomás aumentaba rápidamente. Con gran probabilidad su fiesta comenzó a celebrarse ya entre nosotros, mediada la centuria. Los predicadores hallábanse en el apogeo de su actuación: en 1345 eran encargados de las lecturas públicas de Teología, que andando el tiempo, habría de seguir nuestro Vicente Ferrer, antes de ir a Lérida, Tolosa y París.

Valencia integraba la poderosa Corona de Aragón: el contacto con Italia abría nuevos horizontes y despertaba la admiración por la cultura romana; se traducían autores latinos o griegos y esta devoción por la antigüedad anunciaba la aparición del Renacimiento; pero la Escolástica y la Teología informaban el sentir de la sociedad de entonces. El tomismo triunfaba y, como ha hecho observar Amadeo Pagés, «los dominicos difundían las doctrinas de su maestro, esforzándose en concordar el dogma y Aristóteles. Nadie ni aun entre los caballeros y laicos podía substraerse a este imperio del pensamiento».

Discurriendo los años medios de aquel siglo nació un niño que luego habría de profesar en el convento de la no lejana Rambla de Predicadores: Vicente Ferrer, con el tiempo maestro en Teología. Convencido de la verdad del tomismo, sostenía públicamente la proposición de que «la *Summa Teológica* de Santo Tomás es enteramente verdadera». Con su palabra ardorosa y persuasiva el maestro Vicente Ferrer era debelador de las costumbres, propugnaba la reforma de la sociedad, discutía con hebreos y lograba conversiones en masa.

La Ciudad, cuando ya aquél andaba hacia los últimos años de su vida, le encomendó la predicación de la Cuaresma en la Catedral. Caía dentro de los días cuaresmales la festividad de Santo Tomás de Aquino y el maestro Vicente Ferrer comenzaba su discurso con las palabras del libro de la Sabiduría: «*Antecedebat me ista sapientia. Ja sabets* —dice en su lengua valenciana a sus oyentes— *com huy se fa festa del gloriós confessor de Jhesu-Crist Sant Tomás de Aquí, e axí serà d'ell la preycació*». «*En esta preycació prenc yo* —añade—, *una regla general de Teología, que's serva en la governació del món e és aquesta: que en tots temps, quant Nostre Senyor tramet algun sant a il·luminació del món, que el fa denunciar o per paraula profetical o per revelació divinal*. Señala la aparición de Tomás de Aquino enviado para la reforma general del mundo, no por la sabiduría solamente mas por la claridad en la cual aventajaba —dice— a los demás doctores de la iglesia.» Refiere cómo los compañeros estudiantes, viéndole controvertir *encantats e meravellats n'estaven*, cómo fué a Nápoles al convento de Predicadores, en busca de estudio. Distingue San Vicente entre «ciencia» y «sabiduría», que no siempre coexisten. Recuerda la admiración de los napolitanos por el Aquinense y concluye afirman-

do: *Sapientiam non vicit malitia*, no es vencida por la malicia la Sabiduría, *no és vençuda per malícia la saviesa*.

El sermón aquinense de nuestro santo, pasaría a las colecciones que las prensas de Bolonia y Estrasburgo, Lyon y Venecia, darían al público en preciosos incunables, ediciones repetidas profusamente en la primera mitad del siglo XVI, en Lyon, donde Matías Bonhomme imprimía los *Sermones De Sanctis, Divi Vincentii*, diciendo al que leyere: «Tienes en este volumen, humanísimo lector, los sermones del divino Vicente, de la orden de predicadores, orador excelentísimo de su tiempo y, en verdad, de todos».

Nuestro insigne dominico recordaba también la festividad de Santo Tomás de Aquino al predicar la del Cantuariense. El, por su mano, había anotado la *Summa Teológica*.

En los albores del siglo XV, la influencia de la doctrina tomista en nuestras Universidades fué, como dice el P. Beltrán de Heredia, «sensiblemente eficaz, al establecerse la Facultad de Teología».

Los «frailes predicadores», como solía llamárseles, habían sido encargados de su enseñanza, ya en la Universidad de Lérida, ya en la Catedral de Valencia, ciudad hija de aquella. En aquel siglo, verdaderamente áureo para Valencia, cuando resuelto el problema político ventilado en Caspe iba a entrar el país en una nueva etapa de su historia, la cultura laica veneraba a la Teología y precisamente a la tomista como representación de la Ciencia sagrada.

Aquel caballero de Gandía *strenuu y valerós*, como se le designaba en su lengua, que luchara al servicio del Magnánimo en Cerdeña, en Córcega o en Kerkenah, era un devoto de la teología escolástica: entre sus recuerdos clásicos tenía a Virgilio, Horacio, Séneca y Juvenal; pero poseía bien los textos de la Biblia, el Evangelio y el *Rhythmus de complemtu mundi* atribuido a San Bernardo; y se hallaba familiarizado con Santo Tomás. Era Ausias March, tan admirablemente estudiado por Amadeo Pagés. «En su tiempo —dice el ilustre profesor francés—, la *Summa Theologica* era la enciclopedia que todo hombre instruido estaba obligado a poseer, donde estaban conciliados, en la más armoniosa síntesis, la razón y la fe, la naturaleza y la gracia, el ideal y la realidad. El Ángel de las escuelas ejercía sobre todos los espíritus una verdadera dominación.»

Corría el año 1415 y en los sitiales de las Cortes reunidas en Valencia por Fernando I se sentaban el insigne maestro en Teología Vicente Ferrer y el entonces doncel poeta March, el autor de los cantos tan celebrados luego. Acudía el dominico por el brazo eclesiástico, el poeta «*pro brachio militari*», a la sazón *domicellus* aun, El Rey andaba preocupado en obtener de la Corte un importante subsidio y aquella acordó que *lo Rey administras justicia e la Ciutat faria lo que degués*. El poeta era profundamente cristiano, escolástico. Para él el hombre es, como para Santo Tomás de Aquino, un intermedio entre el animal y el ángel; se parece al uno por su cuerpo, al otro por su alma.

Nuestro vate llama como Santo Tomás a la voluntad *apetit raonable, appetitus rationalis*: APPETITUS SENSITIVUS «ET APPETITUS RATIONALIS» ID EST VOLUNTAS, SUNT DUAE POTENTIAE expresa el aquinense. La *Summa* es el libro de mano de Ausias March, más aún que la *Ethica* de Aristóteles; en sus poesías usa el método y la terminología de la Escolástica; como Santo Tomás, alude a aquel filósofo a quien se atribuye el gesto señalado por San Jerónimo.

*Prenme'n axi com aquell filosof — qui per muntar al bé que no es pot pendre — los perdedors llançà en mar profunda — creen aquells l'enteniment torbassen.*

De los poetas filósofos Ausias March había conocido bien a Dante, a quien se aproxima más que a Petrarca. «Lo que March ha debido admirar más en la Divina Comedia —al decir de Amadeo Pagés— son las doctrinas

filosóficas y teológicas que son su base; es el arte con que Dante ha puesto allí en verso la *Summa Theologica* de Santo Tomás. El poeta italiano sigue allí, en efecto, al Doctor Angélico, como un discípulo a su maestro, y resume sus teorías con una fidelidad tal que la lectura de la *Summa* es la introducción necesaria a ciertos cantos.»

Así también nuestro poeta vulgarizaba en rimas la moral de Aristóteles, conciliado con el cristianismo según la fórmula de Santo Tomás y del Príncipe de Viana.

Tal había penetrado el tomismo en el pensamiento valenciano de aquel tiempo, religioso o laico, manifestándose ya por boca de Vicente Ferrer, árbitro de reinos, ya por la pluma de aquel gran trovador «e home de asaz elevado espíritu» como llamara a nuestro Ausias el Marqués de Santillana, desde su retiro de Guadalajara al escribir al Condestable de Portugal.

Epoca de esplendor cultural, tiempos de nobles y encumbradas empresas. El Rey era venerado por sus súbditos, que asistían atónitos a sus aventuras guerreras y compartían con él el éxito y la desgracia. *Adefonsus rex regibus imperans et bellorum victor* dirían las inscripciones de las medallas en que el Pisanello le retratará entre gustos renacientes allá en Italia; y en Valencia un doctor jurista y erudito dirigiría al Rey su *Spéculum principum* dentro de la corriente que brindaría a los príncipes, útiles y substanciosos tratados de gobierno.

Gran concepción la de Belluga, Ciudadano *reipublicae valentinorum* que se dirigía a *Cesarem nostrum gloriosum nomine Alphonsum*, dignísimo y cristianísimo príncipe, Rey y señor de Aragón y toda Sicilia, la de allende y la de aquende el Faro, anticipándose con este dictado al que se le diera a Fernando el Católico y al César, en verdad, Carlos y no cediendo en cristianismo al francés o al navarro.

Mientras, aquella *Reina de virtud exemplo—De fama muy claro templo*, como llamara el Cancionero a doña María, guardaba entre sus libros el *de Consolatione* de Boecio con comentario de Santo Tomás, hecho por el dominico Fray Pedro Caplana en traducción, valenciana, de Fray Antonio Genebreda, como le tenían en latín el Príncipe de Viana o el Condestable don Pedro de Portugal en francés.

En el transcurso de aquellas dos centurias, catorce y quince, los amanuenses, *scriptores* de letra angulosa o gótica, iban copiando manuscritos de la *Summa*, que pasaban a las Bibliotecas de los monasterios o cabildos. El de la Catedral valentina guardaba en su librería una *Compilatio theologica*; un *Códice Sententiarum* procedente de Padua; las *Questiones disputatae* o unas *Decretales* de Fray Ramón de Penyafort. Y en los tejuelos de los preciados manuscritos leíase con frecuencia DIVI THOMAE AQUINI, en un ambiente de cultura escolástica y humanística de la que tanto participaban las librerías de los Reyes como las de los magnates, las de las iglesias como las de los monasterios.

Estos conocimientos teológicos, frecuentes en escritores laicos, en notarios y jurados poetas, permitían a un hombre de negocios, *conseller* de la Ciudad, comentar el Salmo del *Miserere* en elegantes rimas, al par que administrar la Lonja de los mercaderes. La poesía religiosa brillaba en los concursos que se celebraban en la Ciudad de Valencia en la segunda mitad del siglo XV, uno de los cuales daría lugar a que los prototipógrafos hicieran gala de su nuevo arte.

En el ambiente poético del mil cuatrocientos se cantaría también a Santo Tomás de Aquino en un cancionero sagrado de vidas de Santos, redactando un poeta anónimo, que parecía haber leído a San Vicente Ferrer, unas *cobles fetes en lahor del gloriós Sant Tomás de Aquí*, sentidos versos que en su honor cantaría diciendo:

*De la esgleya de Déu Santa  
Sou Doctor molt subiran,*

## A LA LUZ DEL VATICANO

devoción por los libros santos, tendencia a relatar milagros y maravillas, comparación con las doctrinas de herejes y paganos:

*En saber vos avançaveu  
als heretges y pagans,*

invocación, en fin, al Aquinense entonada por el anónimo poeta, publicado por Fulché Delbosc, «con amable indulgencia y dulce simpatía», con la que también antes había recogido el manuscrito aquel insigne erudito y polígrafo que se llamó don Gregorio Mayans y Siscar y, luego, el ilustre bibliófilo don Pedro Salvá y Mallén, de cuya librería pasó a Londres y de allí fué repatriado por Barcelona.

Así terminaban los siglos medios para iniciar la Edad Moderna con la continuidad en el culto a Santo Tomás y sus doctrinas, en las aulas dominicanas, en las que habrían de formarse a lo largo de los siglos XVI y XVII las congregaciones y academias conocidas.

Pío V proclamaría al Aquinense en 1567 Doctor de la Iglesia. Un valenciano de Villarreal, el Padre Diego Más, antiguo alumno de San Esteban de Salamanca, obtendría en 1581 cátedra de artes en la Universidad valentina. Al año siguiente se fundaba en el Convento de Santo Domingo de la Rambla de Predicadores la cofradía de estudiantes con el título de «Academia de Santo Tomás de Aquino», aprobada por Gregorio XIII en 1583, la cual, según refiere el Padre Falcó, duró hasta 1614. Tres años después el Virrey Marqués de Caracena concedió que este día fuese declarado de asueto en la Universidad para que ésta acudiese a la fiesta. Los estudiantes salían cada año con la

figura de Santo Tomás el Jueves Santo en la procesión que hacía la cofradía de Nuestra Señora de la Soledad. La Universidad de Valencia estableció en 1611 la fiesta del Aquinense.

Durante aquel siglo las fiestas fueron brillantísimas imprimiéndose en 1639 el sermón pronunciado en Santo Domingo por Juan Bautista Morlá. Suprimida en 1672, veinte años después el arzobispo Rocaberti restablecía esta conmemoración.

El siglo XVIII celebró también este día con suerte varia. Carlos III acordó suprimir las procesiones de Santo Tomás y de San Buenaventura por razón de circunstancias. A través de muchas vicisitudes, al proclamar León XIII en 1880 patrón principal de los estudios católicos a Santo Tomás, reanudóse la tradición y en muchos lugares se rindió públicamente al Doctor de Aquino el homenaje de la intelectualidad católica. Desde la publicación de la Encíclica *Aeterni Patris* la reacción tomista ha sido muy honda. España, en nuestros días, ha restablecido su devoción tradicional.

Hoy, en medio de un mundo desorientado y de una Europa en la que los propios lugares donde viviera Santo Tomás han crujido bajo el fragor de las batallas, nuestra Patria rinde al Aquinense y al valentino el tributo de su admiración y celebra, con sosiego espiritual y material, estas tradiciones; es realmente consolador y reconfortante para nuestro espíritu ver que ahora, como hace quinientos treinta y tantos años lo hiciera el maestro Vicente Ferrer, se tributa el homenaje de nuestra admiración al Doctor Aquinense, al Ángel y Patrón de las Escuelas, y a su cantor excelso, el faunaturgo valentino.

*Felipe Mateu y Llopis*

(Valenciano residente en Barcelona)

Director de la Biblioteca Central. Catedrático de Filosofía y Letras

---

# La U. R. S. S. y los judíos

## Un telegrama de Schiff

De un tiempo a esta parte, se trasluce en algunos comentarios —cuando no se declara abiertamente— un especial interés en presentar al judaísmo en oposición abierta con el comunismo soviético. Ignoramos el objetivo que se persigue con tales aseveraciones, pero lo cierto es el hecho de que en múltiples ocasiones, cuando se trata de explicar el origen de la disparidad de criterios sobre problemas concretos, que enfrenta en varios momentos a los países liberales con la Rusia comunista, no es raro que se aluda específicamente a la fuerza internacional que representa al judaísmo —en su acepción de conglomerado de fuerzas políticas y financieras, y quizás aun en cuanto movimiento hacia determinados objetivos, imprecisos, tal vez, y recónditos—, como enemigo declarado del sistema imperante en los pueblos que han caído bajo las garras del comunismo.

¿Qué hay de verdad en tales afirmaciones? ¿Hasta qué punto el judaísmo ha dejado de influir en la organización y mantenimiento del comunismo internacional? Porque del simple hecho de que puedan existir ciertas discrepancias entre los dirigentes calificados del judaísmo mundial, con el actual dictador de la U. R. S. S., ¿puede sacarse la consecuencia de que los judíos se han apartado totalmente del comunismo? Más todavía. Se insiste machaconamente en el hecho de la desaparición violenta de Trotsky y de otros

destacados elementos judíos, que tan importante papel desempeñaron en la revolución de 1917, para demostrar la incompatibilidad *presente* del judaísmo con la U. R. S. S.; pero, ¿no se trata, posiblemente, de un aspecto circunstancial, personal, de la cuestión? ¿Dónde empieza y dónde termina la disputa puramente externa, que nada tiene que ver, fundamentalmente, con discrepancias de principio? ¿Cuán difícil resulta, a menudo, calibrar determinadas posiciones, y aun separar la ficción de la realidad en las graves cuestiones que agitan el mundo!

Ahora bien. El hecho mismo de que pueda apuntarse la posibilidad de que el judaísmo se desentienda del comunismo, ¿no es acaso la confesión más palpable de la existencia de una íntima y eficaz colaboración entre ambos?

Ciertamente que en la gestación de la revolución bolchevique no es difícil encontrar el sello inconfundible de la influencia judía.

El día 19 de marzo de 1917, Jacobo Schiff, judío, Director del Banco Khun, Loeb y Cia., enviaba a Milioukof, Ministro de Asuntos Exteriores de Rusia, el siguiente telegrama: «Permítame, en mi calidad de enemigo irreconciliable de la autocracia tiránica, que perseguía sin piedad a *nuestros correligionarios*, felicitar, a través de usted, al pueblo ruso por *la brillante gesta que acaba de realizar*, y desear a sus camaradas del nuevo gobierno y a usted pleno éxito en la gran tarea que han asumido con tanto patriotismo.»

Milioukof respondió al financiero judío con las siguientes palabras: «Estamos unidos a usted por el odio y antipatía comunes hacia el viejo régimen, actualmente caído; permita que lo estemos igualmente para la realización de las nuevas ideas de igualdad, libertad y concordia entre los pueblos, participando en la lucha universal contra la Edad Media, el militarismo y el poder autocrático de derecho divino».

¿Saben nuestros lectores la significación exacta de este intercambio de felicitaciones? Pues, sencillamente, hacer resaltar los lazos que unen al capitalismo ateo con la revolución y exteriorizar la alegría por la victoria lograda en Rusia, victoria que había costado al poderoso Schiff la bonita suma de doce millones de dólares. En el primer momento, Kerensky representaba tan sólo un peldaño, un puente que conducía directamente al comunismo, pero cuya presencia era totalmente indispensable para derrocar al régimen de los zares y evitar una posible reacción de la opinión mundial ante un triunfo precipitado de los bolcheviques. Sin embargo, Schiff, según resulta de algunos documentos que en su día vieron la luz pública, estaba en 1917 en contacto directo con Trotsky para provocar el triunfo completo del comunismo en Rusia, como así aconteció tiempo después. Son conocidos muchos datos concretos que permiten confirmar el papel destacado que varios personajes judíos ejercieron en la revolución bolchevique, hasta el punto que se ha podido escribir que «el movimiento bolchevique como tal, es, en cierta medida, la expresión de un movimiento general judío, y que ciertas casas de Banca judía están interesadas en la organización de este movimiento» (1).

(1) Véase CRISTIANDAD, núm. 56, pág. 283.



El judío Litvinov, antiguo comisario de Asuntos Exteriores

Para ilustrar suficientemente esta realidad, recordaremos que entre los Comisarios del Pueblo se hallaban, en el año 1919, los siguientes judíos: Lenin, Trotsky, Stekloff, Martoff, Goussief, Kamenev, Soukanoff, Lagesky, Bogdanoff, Goreff, Ouritzky, Volodarsky, Sversloff, Kamkoff, Ganetzky, Dann, Meshkovski, Parvovus, Rasanoff, Martinoff, Tchernomorsky, Piatnizky, Adramovitch, Lointzeff, Zverzditch, Radek, Litvinov, Kamensky, Vladimiroff, Manouilsky, etc.

No insistiremos más sobre este punto específico, pues nadie pone en duda la intervención directa de los judíos en la preparación y desarrollo inicial del Estado soviético. La cuestión comienza prácticamente con el alejamiento forzado de Trotsky por obra de Stalin, y las sucesivas depuraciones que costaron la vida a multitud de viejos bolcheviques, entre ellos a varios israelitas. En opinión de algunos, el asesinato de judíos bolcheviques significó el rompimiento definitivo del comunismo internacional con el judaísmo; recientemente ese supuesto rompimiento se agravaría con la hostilidad manifiesta de Israel contra toda tentativa de tipo comunista en cualquier parte del mundo. ¿Responde esta interpretación a un hecho real?

## Israel y Moscú

A raíz de la celebración, en 1934, de la Tercera Conferencia Judía, el *Journal de Genève* publicó dos interesantes artículos que trataban de resumir la posición del judaísmo frente a la U. R. S. S., comparándola seguidamente con la que se había adoptado contra Alemania a partir del triunfo del partido nacionalsocialista. Vale la pena de reproducir algunos pasajes de los mencionados artículos, ya que fueron escritos teniendo en cuenta los informes públicos que se presentaron en dicha Conferencia.

En el artículo titulado *Israël et Moscou*, se lee lo siguiente:

«El parlamento *in partibus* de la diáspora judía, reunido hoy en nuestra ciudad bajo el nombre de III Conferencia mundial judía, debe ocuparse de la situación de Israel en la U. R. S. S. El señor Goldmann reveló el lunes que los soviets, sin profesar el antisemitismo, han aniquilado a las clases medias judías por su política económica, y al judaísmo por su política religiosa.

»Este juicio es indulgente, pero se comprende que el señor Goldmann, que habrá de negociar, se exprese en términos diplomáticos. En realidad los soviets han buscado algo más que la desaparición del particularismo judío en su territorio. Han tratado de aprovechar la situación económica cada día más precaria de las comunidades judías de la Europa oriental para asestar un doble golpe al judaísmo. A partir de 1926 la política nacionalista se acentuó cada vez más desde el Báltico al Egeo, y las puertas se cerraron una detrás de la otra a la juventud judía.»

A continuación, el articulista trata de la colonización judía en Crimea, aceptada gustosamente por multitud de judíos y apoyada económicamente por el judaísmo norteamericano, que contribuyó con diez millones de dólares. Simultáneamente, el gobierno soviético logró apartar a la juventud judía del sionismo, enviando tan sólo a Palestina a algunos elementos subversivos, con el objetivo de luchar contra Inglaterra y destruir la obra comenzada en vistas a la constitución de un Hogar nacional. Habiendo fracasado la colonización de Crimea, los soviets decretaron la formación de la república judía de Biro-Bidjan, en Extremo Oriente, pero los resultados obtenidos fueron, al parecer, insignificantes. Y proseguía el articulista:

«Los judíos se adaptan quizás con menos dificultad al sistema soviético que los restantes pueblos del imperio de los zares. De cinco millones y medio que eran antes de

## A LA LUZ DEL VATICANO

la guerra, trescientos mil se dedican a trabajos agrícolas. Los otros trabajan en los despachos, la industria y sobre todo en el gobierno...

»El señor Goldmann trata de defender al judaísmo. La tarea será penosa. Sin embargo, este hombre íntegro y patriota no se dejará engañar con palabras por los negociadores rojos. No lo dudamos —termina el comentarista—, la diáspora judía tomará en una fecha próxima una posición clara frente al bolchevismo (2).»

## Israel y Berlín

Dos días más tarde, el propio escritor, a la luz probablemente de los debates desarrollados en la Conferencia, publicaba un nuevo trabajo bajo el título de *Israël et Berlin*, en el cual, con evidente intención, comparaba sagazmente la actitud del judaísmo respecto a la Alemania de Hitler, con la sostenida frente a la Rusia soviética, no obstante los lamentos del señor Goldmann.

«La importancia del Congreso judío, reunido en Ginebra —señalaba en las páginas del *Journal*—, no debe ser menospreciada. Resultado de los peligros en que el judaísmo se encuentra expuesto por el éxito de las teorías totalitarias, representa, salvo error, desde la toma de Jerusalén por Tito, 70 años después de Jesucristo, y la dispersión de los judíos, la primera tentativa de dotar a la diáspora de un órgano parecido, sino a un gobierno en el sentido propio de la palabra, al menos a una autoridad representativa y capaz de hablar y negociar con las potencias, en nombre de la nación disgregada pero una.»

De ese Congreso nacerá un Comité, cuyo trabajo principal consistirá en «velar para que en todas partes el judaísmo goce de la igualdad de derechos y de un tratamiento decente y humano».

Y el comentarista señalaba concretamente: «Se trata de defender al judaísmo, de dirigir una lucha, de negociar una paz. Y es fácil adivinar que el conflicto principal es con el III Reich».

¿Que han hecho los judíos frente a la persecución desencadenada por Hitler? «Israel lleva a cabo su lucha en dos frentes. El del boicot y *el menos visible y más eficaz de las finanzas y de la diplomacia internacionales*. Los delegados de diversos países han presentado informes sobre los resultados obtenidos con el boicot a Alemania.» Así, en los Estados Unidos las importaciones alemanas habrían disminuido en un 42 por 100; en Polonia, un 40 por 100, en Bélgica, dos terceras partes. «En el frente financiero y diplomático, los resultados deben ser mucho más importantes, pero *la acción judía queda oculta y es difícil determinarla*.»

Ahora bien, si como decía el señor Goldmann el judaísmo es aniquilado en la U. R. S. S., ¿qué hacen los judíos contra esta potencia? ¿Por qué no luchan contra la misma al igual que contra el III Reich?

«El judaísmo —sigue diciendo el comentarista del *Journal*— va a entablar próximamente negociaciones con Moscú. Se pedirán a los bolcheviques determinadas concesiones en lo referente a la «liquidación» de las clases medias y a las persecuciones religiosas. Pero nadie se hace ilusiones. Moscú no cederá nada en estos aspectos. Se espera, por lo tanto, en los medios judíos, obtener concesiones en otros conceptos.» Tal vez en lo referente al sionismo.

De todos modos, el hecho es que el judaísmo, no obstante hablar de «aniquilación» judía en la Rusia comunista, se disponía a parlamentar con los dirigentes bolcheviques. ¿Por qué? Pero continuemos con el artículo del *Journal de Genève*:

«Se ve, al menos en apariencia, una extraña diferencia

de actitud por parte de los organismos judíos responsables, según se trate del Reich hitlerista o de la Rusia soviética. Contra Alemania, lucha a ultranza; contra la U. R. S. S., nada: ni boicot, ni acción diplomática. Y Moscú ha tratado a las comunidades judías con más dureza que Berlín. Aun cuando goce en la miseria de una especie de igualdad de derechos, el judaísmo es extirpado en Rusia. *¿Habrà de achacarse la tranquilidad judía a influencias ocultas?* Si nuestros informes son exactos, *el partido comunista de la U. R. S. S. cuenta con un 14 por 100 de miembros judíos, mientras que los israelitas representan el 3 por 100 de la población soviética.*»

Y agrega: «Si no se puede menos de lamentar que Israel adopte dos líneas de conducta contradictorias, lo que mermaría su autoridad moral, hay que reconocer que vis a vis de Moscú, su actitud es provisional: está pendiente de negociaciones. No dudamos —termina diciendo el comentarista— que una vez fijada la posición de los soviets, el Comité permanente sacará las conclusiones que se imponen (3).»

¿Qué resultó de todo ello? Pues que el judaísmo —ni entonces, ni ahora— no ha hablado ni ha actuado, ni contra el comunismo, ni contra la U. R. S. S. ¿Lo habremos de achacar a las «influencias ocultas»? ¿O es que pesan muchísimo en el judaísmo mundial el 14 por 100 de miembros judíos que militaban —o militan— en las filas del partido comunista ruso?

José-Oriol Cuffi Canadell

(3) *Israël et Moscou*, por P.-E. B., «Journal de Genève», 24 de agosto de 1934.



El judío Trotsky creador del ejército rojo

(2) *Israël et Moscou*, por P.-E. B., «Journal de Genève», 22 de agosto de 1934.



# DE ACTUALIDAD

## Ante las próximas elecciones italianas.—Elecciones en Pescara En el tercer año de «Paz».—La zona soviética de Alemania

### Ante las próximas elecciones italianas

“La hora actual es todavía trágica y oscura para Italia” escribe el P. Oddone, S. I. en “La Civiltà Cattolica”. “En algunas partes de nuestro cielo aparecen a veces ligeras claridades, pero extensas y densas nubes continúan cubriéndonos y no nos permiten abandonarnos a demasiadas esperanzas.”

Las elecciones que habrán de decidir el futuro—al menos inmediato—de la nación, se anuncian ya muy próximas, y una sombra de fundado temor ante la posibilidad de un triunfo comunista, gravita sobre la masa responsable de ciudadanos, que se percatan de la indudable trascendencia del resultado que puedan arrojar las urnas en un momento que todos coinciden en calificar de crucial. Pero ni aun en el caso de que las fuerzas del comunismo lograsen ser detenidas en los comicios electorales, se halla el pueblo italiano libre de la amenaza de Togliatti y de sus huestes, pues en tal caso se perfila, cada vez con mayor precisión, el peligro de una revolución sangrienta, alimentada principalmente por los fuertes núcleos bien organizados y armados que se adiestran desde hace meses en las regiones septentrionales. Sin embargo, el máximo temor radica, como hemos indicado, en el mismo resultado electoral, ya que en él se ventilan extremos altamente decisivos. “Estas elecciones representan para los católicos no sólo una lucha fundamental para salvaguardar la suerte de la Patria y para impedir que Italia sea entregada al comunismo, sino también una santa cruzada para defender los valores religiosos de su fe, el patrimonio glorioso de la civilización cristiana. *La respuesta de los urnas podría ser fatal para la Patria y crear horas difíciles para la Iglesia*”.

Claro es, que el peligro viene ya de muy lejos. La misma posibilidad de que el comunismo puede obtener el asenso de una gran parte de la población, indica que el mal de la sociedad es muy profundo, y que no ha sido quizá el doctrinarismo marxista el causante original de la desviación ideológica que sufren amplias zonas del pueblo, apartadas desde hace muchos decenios de la influencia de la Iglesia, a causa de la influencia de un diabólico espíritu de libertad que, predicando el rompimiento de todo ligamen con Dios, ha preparado el camino a las modernas corrientes tiránicas y materialistas. “La sociedad—observa muy bien el P. Oddone—está hoy trabajada por una gran miseria espiritual, pobre de fe, y en gran parte religiosamente indiferente y atea. El cristianismo había infiltrado en la sociedad un orden moral, esto es, un conjunto de verdades sobre todas las cuestiones que interesan al hombre; y la sociedad vivía de esta verdad, estaba organizada según esta verdad, se nutría de este orden moral. Pero hoy han aparecido nuevos profetas, los filósofos del positivismo, los maestros y apóstoles del socialismo y del comunismo, y han divulgado entre el pueblo una nueva doctrina, la doctrina del materialismo, que borra todo ideal superior, todo alto y noble sentimiento, toda esperanza de una vida ultraterrena.” Y esos maestros y esos apóstoles han encontrado preparado el camino por los tristes profetas del doctri-

narismo liberal. Por eso el P. Weiss, O. P., ha podido escribir: “*La sociedad carecerá de defensa contra el socialismo si no abandona resueltamente todas esas ideas que han sido sus precursoras, sus adalides y sus mejores compañeros.*”

Por consiguiente, la gravedad de la hora actual de Italia radica, en nuestro humilde entender, no tanto en el mismo resultado de las elecciones—sin desconocer su vital importancia e inmediata trascendencia—, sino en la incógnita de que el partido o partidos que recojan el voto de los católicos estén decididos a abandonar “*resueltamente*” todas las ideas que han hecho posible la trágica realidad del comunismo, y en consecuencia el hecho mismo de que Italia se halle en nuestros días al borde del abismo...

### Elecciones en Pescara

Como un tanteo de las próximas elecciones generales, se han celebrado, el día 15 de febrero, elecciones administrativas en la ciudad de Pescara. Se presentaron en la lucha electoral los siguientes grupos políticos: Frente Popular, Democracia Cristiana, Bloque Nacional, socialistas de Saragat y Partido Republicano. Votaron un total de 28.090 electores, representando un 79 por 100 del censo. Los resultaron fueron: Frente Popular, 13.650 votos; Democracia Cristiana, 7.796; Bloque Nacional, 4.551; socialistas de Saragat, 1.144; Partido Republicano, 949. Conforme al sistema de representación proporcional imperante en Italia, los comunistas (Frente Popular), obtuvieron 21 puestos; los demócratas cristianos, 11; los del Bloque Nacional, 6; los de Saragat, 1, y los republicanos, 1. En resumen, los comunistas lograron la mayoría absoluta.

El desenlace de esta votación no es ciertamente consolador; muchos han creído ver en el mismo una tónica de lo que habrán de ser las futuras elecciones generales. Muy difícil resulta juzgar el fundamento de este temor, pero lo cierto es que algunos elementos responsables hacen especial hincapié en el hecho de que el 21 por 100 de los electores que se abstuvieron no son precisamente partidarios del comunismo, por lo cual si se logra hacer votar a este importantísimo sector, el triunfo anticomunista es seguro. Muy endeble resulta tal argumento, pero vale la pena de recogerlo como indicio del paronama que presenta Italia en vigiliias, muy cercanas ya, de las elecciones.

### En el tercer año de «Paz»

“Europa y el mundo, hasta la remota y martirizada China—ha dicho Pío XII en su último mensaje navideño—, se hallan hoy más que nunca lejos de la verdadera paz, de una completa y perfecta curación de sus males y de la instauración de un orden nuevo en la armonía, en el equilibrio y en la justicia.”

Y como si tratase de confirmar tan exacta apreciación del estado actual de la humanidad, pocos días después

## ACTUALIDAD

de haber pronunciado el Papa las palabras que anteceden, el Presidente de los Estados Unidos, señor Truman, presentaba al Congreso el presupuesto para el año financiero 1948-1949 que comenzará el próximo mes de julio, en el cual se prevé un aumento de gastos en relación con el ejercicio actual, debido especialmente a un aumento en las atenciones militares y a la liquidación de compromisos relacionados con la pasada guerra, que en conjunto resulta un 78,7 por 100 del total del presupuesto. ¡Solamente un 21,7 por 100 se destina al programa social, enseñanza, etc.! La defensa nacional, a consecuencia del actual estado de las relaciones internacionales, representa, ella sola, el 28 por 100 del presupuesto, que unido a los gastos previstos, no estrictamente militares, para hacer frente a la actual crisis mundial, dan en conjunto un 46 por 100 del total previsto.

La triste y agobiadora realidad que presupone el anterior balance, puede muy bien calificarse, con la expresión usada por el Romano Pontífice, de "hecho doloroso y humillante".

### La zona soviética de Alemania

De un reciente informe, escrito por un testigo presencial, sobre la situación en la zona soviética de Alemania, extractamos lo siguiente:

La conquista de esta zona se realizó con métodos que parecían superados desde hace ya siglos. Aunque no se sabe todavía en el mundo anglosajón o, mejor dicho, no se quiere saber, entre las fronteras orientales de Alemania y el Elba tuvieron lugar actos de una barbarie inimaginable: la violación de la mujer alemana, de to-

das clases y capas sociales y de todas edades, por parte de los miembros del ejército rojo. Y he aquí uno de los fenómenos más raros de la historia del mundo: Una potencia, cuyos soldados han violado la mayor parte de las mujeres alemanas de la manera más bestial, cuya policía secreta política ha deportado sin juicio ni interrogatorio a centenares de miles a campos de concentración; que todavía retiene en condiciones pésimas a algunos millones de prisioneros, absolutamente incomunicados con sus parientes; que dismanteló y se llevó las fábricas alemanas, abandonándolas luego en el camino para que se convirtiesen en chatarra; que deshizo los ferrocarriles y dificultó sumamente las comunicaciones; que desarticuló la agricultura y creó un proletariado campesino, incapaz de existir; que entregó a Polonia aquellas regiones que aseguraban la alimentación de Alemania y, en parte de Europa, y expulsó de allí a todos los alemanes; que es considerada, por la parte sana del pueblo, como completamente extraña a nuestra cultura y cuya propaganda es conocida como refinadamente falaz; esa potencia, la Unión Soviética, a pesar de todo, está hoy a punto de convenecer a la población alemana de que para Alemania no hay otro remedio que entregarse con cuerpo y alma a la idea del socialismo colectivo y con esto al mismo poderío soviético.

Y lo peor es que hay muchos que parecen conspirar febrilmente, fuera de la U. R. S. S. para que ese convenio se traduzca en un hecho consumado. Esta conspiración se realiza a menudo bajo el espejuelo de buenas palabras y de engañosas promesas. No en balde ha dicho el Papa que "nuestra época lleva estampado en la frente" el estigma de la insinceridad.

J. O. C.

A los que apoyen o quieran apoyar  
a la excelente Revista  
«CRISTIANDAD»

EL ARZOBISPO DE VALENCIA

Tengo mucho gusto en hacer saber que recibo y leo la Revista CRISTIANDAD, que la tengo por muy digna, muy formativa de la mente católica, muy merecedora del apoyo de todos los católicos que quieran seriamente y deleitosamente pensar en su Religión.

A todos cuantos la sostengan y alienten les bendigo con el mayor afecto.

+ MARCELINO  
Arzobispo de Valencia



El Arzobispo de Valencia

6-7-48

Tengo mucho gusto en hacer  
saber que recibo y leo la  
Revista «Cristiandad»  
que la tengo por muy digna  
muy formativa de la mente  
católica, muy merecedora del  
apoyo de todos los católicos  
que quieran seriamente y  
deleitosamente pensar en su

Religión  
A todos cuantos la sostengan  
y alienten les bendigo con el  
mayor afecto. Marcelino  
Arzobispo de Valencia

CON CENSURA ECLESIASTICA

## LECTOR:

Varios padres misioneros españoles, que en lejanas tierras de la India han conocido nuestra Revista, son grandes entusiastas de CRISTIANDAD

¿Quieres costear su suscripción?

Telefona al n.º 22446 y se te dará el nombre de tu favorecido

# Textil Isabela, S. A.

## BARCELONA

### El Liberalismo es pecado

Dr. D. Félix Sardá y Salvany

Obra que, a pesar de haberse escrito hace más de cincuenta años, conserva toda su actualidad

Pídala en nuestra Administración

Precio especial para nuestros suscriptores:

**4 ptas. ejemplar**

### *La Inquisición*

J. M. Orti Lara

Precio especial para nuestros suscriptores  
**10 pesetas**

---

### *Historia de las sociedades secretas*

en 3 tomos

Vicente de la Fuente

Precio especial para nuestros suscriptores  
**45 pesetas los 3 tomos**

---

Pídalos en nuestra administración

### Nota de la Administración

---

*Distribuidos ya los índices correspondientes al año 1947 nos complacemos en comunicar a nuestros lectores que, al igual que en años anteriores, nos encargamos de la encuadernación de los números.*

*A este objeto pueden remitir a esta administración los ejemplares correspondientes o bien llamar al teléfono*

**22446**

*y les serán recogidos en su domicilio.*

*El precio es de 25 ptas.*

LA ADMINISTRACION

# CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

## Suscripción:

Anual . . . 100'00 ptas.

Semestral . 50'00 "

Trimestral . 25'00 "

■  
Número ordinario . . . 5 ptas.

Encuadernar . . . . . 25 >

Tomo encuadernado . 125 >

■  
Pagamos Ejemplar número 39 a 10 pesetas

Teléfono 22446

Precio del ejemplar: 5 ptas.

## Llamamiento

*de los niños alemanes*

*a los niños y madres españolas*

«NOS ESTAMOS MURIENDO  
DE HAMBRE Y DE FRIO.

Estamos seguros de que vosotros tendréis compasión y haréis lo posible por socorrernos. Así se lo pedimos al Señor y a la Virgen, nuestra Madre.»

## DONATIVOS

MADRID: P. Carlos Saurer, S. J., Delegado de los Obispos alemanes. Alberto Aguilera, 23

BARCELONA: Cta. cte. «Liga de Caridad» Banco Hispano Americano y Banca Tusquets. Para donativos ropa, etc. (aun usados): Colegio PP. Jesuitas. Caspe, 25

# FACUNDO SARRI

BALMES, 185

BARCELONA

Agente oficial de ventas en Barcelona de los automóviles

## Eucort

de construcción íntegramente nacional

se complace en comunicar a sus clientes y a los compradores de Barcelona, interesados en la adquisición de coches y furgonetas «EUCORT» que, puesta la fábrica en plena producción desde primeros de año, en incremento constante, sus suministros a esta Agencia se efectúan ya en régimen regular y progresivo, permitiéndole hacer las entregas de unidades en plazo inferior, inclusive, a los 90 días de la fecha del pedido.

Los precios hoy vigentes salvo variación, son los siguientes:

TURISMO 4 PUERTAS . . . . . Ptas. 76.000

FURGONETA COMERCIAL (tipo «Rubia») . Ptas. 67.500

(exenta del Impuesto de Lujo)

Para coches con las características del modelo 1948: motor tipo «80», transmisión silenciosa, suspensión por barra de torsión y amortiguador, dirección por cremallera, tracción delantera, sistema eléctrico de 12 voltios, carrocería metálica de techo enterizo, compartimiento para equipaje en el Turismo; quinta rueda calzada, neumáticos de 5'25 x 16, etc.

## EN HONOR DE BALMES

El 9 de julio del año 1948 se cumple el primer centenario de la muerte del insigne filósofo y ejemplar sacerdote, doctor JAIME BALMES, muerte que «lloró la Iglesia» y «de ella se duele aún España», como se lee en la inscripción colocada a raíz del infausto acontecimiento en la fachada de la casa mortuoria, en la ciudad de Vich.

Con esta ocasión España entera se prepara a rendir homenaje al que en vida fué tan abnegado patriota, como humilde sacerdote, que sólo vivió y murió por un doble ideal, que en el fondo es uno mismo, la defensa de la Iglesia y el engrandecimiento de España.

La Comisión organizadora de los actos literarios, que han de integrar dicho homenaje, cree que sería de la máxima eficacia para el éxito del Centenario, fomentar el estudio directo del pensamiento y de las doctrinas del insigne filósofo y apologeta, como también el esclarecimiento y divulgación de sus virtudes y ejemplar conducta sacerdotal.

A este fin se convoca para el mes de septiembre en la misma ciudad de Vich un

## Certamen Literario Nacional

bajo el siguiente TEMARIO y con los PREMIOS que se expresan;

- 1.º - BALMES Y EL ANTI-INTELLECTUALISMO CONTEMPORÁNEO . . . . . 5.000 ptas.
- 2.º - VALORES HISPANOS A TRAVÉS DE LOS ESCRITOS DE BALMES (cualidades y defectos de la raza y concepto general de la historia de España) . . . . . 5.000 ptas.
- 3.º - EL SACERDOTE SEGÚN BALMES (parangón con la encíclica «Ad catholici sacerdotii», obligaciones canónicas, formación, etc.) . . . . . 5.000 ptas.
- 4.º - PROBLEMAS Y PREVISIONES SOCIALES Y SUS SOLUCIONES SEGÚN BALMES . . . . . 2.000 ptas.
- 5.º - COMPOSICIÓN POÉTICA EN FORMA DE loa EXALTANDO LA PERSONALIDAD Y LA OBRA DE BALMES . . . . . 1.000 ptas.
- 6.º - SEIS TRABAJOS DE TEMA LIBRE relacionados con Balmes que se premiarán cada uno con . . . . . 500 ptas.